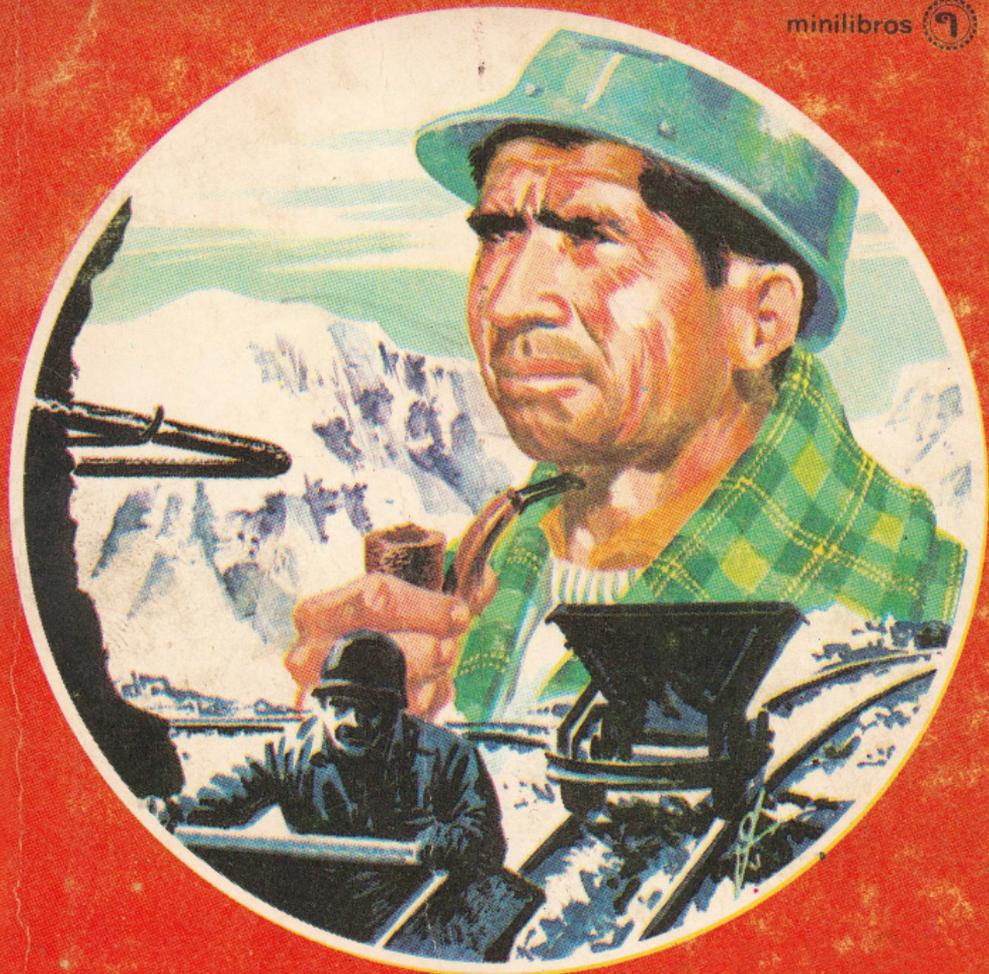


minilibros



MISTER JARA

GONZALO DRAGO

10(978-30p2)

Gonzalo Drago

MISTER JARA

BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

mini  libros
quimanta

BIBLIOTECA NA
MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

© 41348

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA.

Av. Santa María 076, Casilla 10155, Santiago de Chile.

Primera Edición, 1973.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez.

Proyectó la Edición: Nato.

Ilustración de Portada: Guillermo Varas.

PRESENTACION

LOS CUENTOS del escritor chileno Gonzalo Drago, que presentamos hoy a nuestros lectores, tienen —en su sencillez, humanidad y hábil trazo del alma popular— elementos de la realidad chilena. Como Knut Hamsun, Drago hace de los desheredados y de su pequeño gran mundo, sus héroes y su ámbito.

Mister Jara constituye el retrato de un arribista que, para favorecerse en desmedro de sus compañeros, vive mirándose "en gringo explotador", sin parar mientes en el rol de Judas que juega en el concierto social. Por su parte, Ganado Cuyano es un desolado retrato del chileno vagabundo, asendereado por la fortuna —o la mala fortuna—; en tanto que La Huelga es un testimonio directo, con diálogo simple y desnudo, de la etapa reivindicacionista de un sector de trabajadores, en una etapa no muy lejana, y Extraviado nos

presenta la tragedia que viven aquellos que, burlando la "zona seca" establecida en el mineral "El Teniente", deben enfrentarse constantemente a una cordillera hostil e inmisericorde.

En Una Casa Junto al Río aparece la felicidad del ser humano humilde, el amor resignado, haciendo frente alegremente a los reveses de la pobreza y hasta de las injusticias, mientras que en Un Racimo de Uvas encontramos el relato de la vida simple de un viejo campesino con su propia bondadosa filosofía que inesperadamente cae abatingido en absurdas circunstancias.

* Todos los cuentos poseen un elemento común: la ternura. Sumidos en la más miserable de las situaciones, o ligeramente felices, los héroes —o antihéroes— se dan tiempo para buscar un pequeño rayo de luz que les permita mirar hacia el futuro. Un futuro que hoy es presente.

MISTER JARA

MR. JARA había nacido en Machalí. La mina lo había arrastrado inevitablemente hacia su vientre, como un potente electroimán atrae a la brizna de acero, cuando apenas era un muchacho inexperto y canijo, recién egresado de la escuela rural. Fue peón, alarife, capataz, alistador, escribiente y por último ayudante de ingeniero. Para llegar hasta ese cargo se había valido de dos recursos que le dieron espléndidos resultados: su rudimentario conocimiento del idioma inglés y el uso cotidiano de su flexible espina dorsal cuando se veía en presencia de un jefe rubio, auténticamente yanqui, *made in USA*.

Desde sus comienzos buscó con insistencia la compañía de los norteamericanos del mineral. Lo empujaban dos propósitos: su admiración servil hacia la rubia raza del norte y su interés de practicar inglés con ellos. Los yanquis, aun los de más

humilde condición, evitaban la proximidad de aquel "nativo" moreno que persistía en su intento con admirable tenacidad. Ni los desprecios ni las burlas lograron desanimarlo. Mr. Jara parecía ignorar la repugnancia que inspiraba a los yanquis y se acercaba a ellos, sumiso como un perro castigado, mascullando un *slang* aprendido pacientemente en el silencio de su cuarto.

Cuando logró ocupar un puesto de relativa responsabilidad en la Compañía, empezó a vengarse de sus compañeros con una crueldad netamente indígena. A todo aquel que había tenido una frase hiriente o una sonrisa burlona para sus pretensiones y simplemente por espontánea antipatía, le hacía recordar que él ocupaba un peldaño más alto en el gallinero colectivo.

Para captar simpatías y afirmar su posición en las arenas movedizas, halagaba a los jefes, trabajaba como un buey cuando era observado y no escatimaba palabras mordaces contra sus compañeros de labores, logrando, con astucia y sagacidad criollas, obtener la confianza de los jefes norteamericanos que vieron en Mr. Jara un instrumento de fácil manejo que podía serles útil como espía, para conocer los pensamientos y aspiraciones del personal frente al movimiento sindical que tomaba fuerza de torrente.

Mr. Jara, de pie sobre unos durmientes de la vía ferroviaria, fumaba su pipa con el gesto severo de un hombre importante, arrojando gruesas bo-

canadas de humo aromático que se diluía en el aire puro y transparente de la mañana. El frío no lograba penetrar a través de su gruesa zamarra negra y permanecía más allá de sus altas botas mineras. Orgulloso, satisfecho de sí mismo, observaba con indiferencia a un grupo de obreros sudorosos y sucios que cambiaban un trozo de línea férrea. Un capataz de ojos sagaces dirigía y vigilaba aquella ruda sinfonía de esfuerzo y de trabajo, mientras los combos y las barretas se levantaban y caían con rítmico compás, con rabia sorda, haciendo saltar las piedrecillas de la vía.

De improviso, un obrero bajo y robusto permaneció inmóvil un momento, escrutando con desconfianza la severa figura de Mr. Jara. Después de ligera vacilación, empujado por un impulso espontáneo, arrojó su herramienta de trabajo y se encaminó rectamente hacia el ayudante de ingeniero, alargándole su robusta mano fraternal:

—¿Cómo te va, negro?

Mr. Jara, tomado de sorpresa, se desconcertó. En los aledaños, frente a una pequeña y potente locomotora a petróleo, estaban Mr. Taylor y Mr. Mikmans, que podían captar aquella bochornosa escena. ¿Qué pensarían de él si lo vieran estrechando la mano de aquel hombre? Su amigo no era más que un humilde obrero de la mina, desastroso y sucio, y su obligación era rechazarlo. Tomó una resolución violenta:

—*I don't know you, man* —contestó secamente.

El obrero lo quedó mirando sorprendido. Luego se echó a reír apretándose la barriga cual si temiera que se le escaparan los intestinos por la boca. Mr. Jara realmente veíase cómico con su seriedad simiesca y sus ojillos amenazadores bailándole detrás de las grandes antiparras.

—¿En qué circo es la función ahora, negro? Estás desconocido con esa ropa, esa pipa y esos anteojos. ¡Ja, ja, ja!

Mr. Jara montó en cólera. Aquello era demasiado. Sintió deseos de abofetear a su antiguo camarada, pero aquel hombre tenía unos bíceps abultados y unas recias espaldas proletarias. Lo mejor era cortar la escena. Giró sobre sus talones y volvió las espaldas a su amigo, que permaneció extrañado mirándolo alejarse sumido en conjeturas. Por último levantó los hombros con desprecio y masculló terribles amenazas:

—¡Negro de mierda! Cuando lo pille solo le voy a rajar la guata, ¡por mi madre!

Y cogiendo la barreta continuó su labor interrumpida.

* * *

Mr. Jara no era feliz. Lo mortificaba su aspecto físico. Le habría gustado ser rubio, blanco y de ojos profundamente azules; pero la naturaleza

(¡ah maldita naturaleza!) lo había dotado de signos externos marcadamente indígenas. Moreno, de ojos separados, nariz roma y labios gruesos, tenía la sólida apariencia de un mapuche. Lo que más le exasperaba en verdad era la tenaz rebeldía de su pelo que le cubría el cráneo como un grotesco erizo negro. La peineta y la escobilla nada podían contra esas cerdas duras y resistentes de pura cepa criolla.

Su absurdo mimetismo lo llevaba a adoptar usos y costumbres de un grupo étnico que se diferenciaba profundamente del suyo. Llegó a despreciar las bebidas nacionales porque había observado que los yanquis sólo bebían whisky. Al entrar a un bar sentía una íntima y húmeda satisfacción al ordenar al mesonero:

—*Barman*, déme un whisky.

Al comienzo aquel líquido fuerte le repugnaba y le quemaba la garganta nacida para el vino tinto. Además, se embriagaba demasiado pronto y entonces aparecía inevitablemente el indio que llevaba escondido debajo del chaleco. Llegó a temerles a sus borracheras, pero persistió en beber sólo whisky y brandy de las mejores marcas. "White Horse", repetía deleitosamente con el tono de un buen catador de licores exóticos. A veces se cansaba de aquella cotidiana farsa en público y subrepticamente, en la complicidad de su cuarto, bebía el rojo vino criollo hasta perder el conocimiento.

Cada ascenso que lograba hacía crecer la distancia que lo separaba de sus antiguos compañeros. Entre los yanquis no logró simpatías ni mucho menos pudo conseguir un amigo. Lo miraban con desprecio mezclado de compasión. Para ellos, Mr. Jara era un *self-made man* con destellos de inteligencia pero absurdamente presumido. Y, además, era un indio. ¿Cómo compartir con un nativo? Sería lo mismo que estrechar la mano a un negro. Su presencia humilde y rastre- ra los molestaba. Algunos, los más impacientes, al tenerlo a su alcance, apenas podían reprimir un violento deseo de propinarle un puntapié en la parte baja de la espalda.

Por su parte, Mr. Jara, cuando se encontraba con algún empleado u obrero, miraba con obstinación la punta de sus botas o sentíase acometido súbitamente de un poético deseo de admirar el cielo; y si le era inevitable eludir el saludo, lo contestaba con un débil y gangoso "*morning*" mascullado entre dientes, como lo había escuchado en los labios groseros de los yanquis.

El nativo, por lo general, no ama al extranjero, pero es duro y cruel con el criollo que se disfraza de gringo. Llega a odiarlo. Lo considera un descastado, un traidor. Mr. Jara cosechó los frutos de su siembra absurda. Llegó a sentirse solo, aislado. Todos huían de su presencia como de un leproso. Desesperado, buscaba con frecuencia el contacto con los yanquis, pero éstos parecían no

darse cuenta de su presencia. Para no aburrirse, para evadirse del tedio que comenzaba a invadirlo como una marea poderosa, Mr. Jara decidió atraer algunos amigos con el señuelo de un trago gratis. Pronto, naturalmente, se vio rodeado de un pequeño grupo de gente inescrupulosa que lo adulaba con afectada cortesía.

—*My friends* —mascullaba cuando estaba borracho—, no me abandonen nunca, nunca. . .

Le respondía un coro de gritos y promesas beodas. Mr. Jara, emocionado, estallaba en sollozos que le congestionaban el rostro moreno hasta tornárselo violáceo. Esto ocurría casi todas las noches en el “Bar Sewell”, donde se reunían mineros y noctámbulos a charlar de sus vidas duras e ignoradas mientras bebían el vino barato y adulterado por manos taberneras.

Algunas mañanas, al despertarse, Mr. Jara se extrañaba de amanecer con los bolsillos vacíos. Todo su dinero desaparecía en el bar. Tuvo la certeza de que abusaban de sus borracheras y se prometió no concurrir más a las veladas.

“Además —concluyó—, no está bien que me roce con esa clase de gente. Son unos rotos abominables.”

Cumplió su promesa durante dos noches. A la tercera, sediento, torturado por la soledad, se echó algunos billetes al bolsillo del pantalón y se encaminó como un sonámbulo al “Bar Sewell”, donde lo recibieron alegres gritos de bienvenida.

—*Welcome, Mr. Jara!* —maulló un tunante con aspecto de gato en celo.

Y aquel saludo exótico lo hizo inflarse de orgullosa alegría y pidió trago para todos. Sentíase un hombre superior entre aquella gente sórdida y sedienta. Los amigos improvisados lo explotaban sin escrúpulos. Para halagarlo y hacerle repetir las corridas de licor, le hablaban en un inglés absurdo, desastroso, aprendido en los talleres, en libros primarios, en los muelles de Valparaíso. Mr. Jara, en esos casos, sentíase feliz. Y entonces, con gesto de gran señor, vaciaba sobre el mesón su bolsillo colmado de billetes.

* * *

Con las frecuentes libaciones, Mr. Jara terminó por enfermarse. El whisky ingerido durante largo tiempo había hecho su efecto destructor, minando su organismo paulatinamente, y una mañana no pudo abandonar el lecho.

Estuvo enfermo varios días. Se levantó demacrado, débil y vacilante. Las energías comenzaban a ceder. Pero siguió bebiendo whisky "White Horse" y otras marcas importadas, fumando pipa y echándose a la boca, de vez en cuando, con aparente satisfacción, trocitos de tabaco de mascar.

Al poco tiempo enfermó de gravedad. La fiebre lo consumía. El doctor, llamado por un vecino, pudo constatar que su mal no tenía remedio.

Mr. Jara se sintió dolorosamente abandonado. Nadie acudía a visitarlo. El doctor lo visitaba a menudo presintiendo un pronto desenlace. Como era caso perdido, autorizó a la enfermera que lo cuidaba para que accediera a sus insistentes pedidos de licor. En vez de medicinas, el enfermo ingería cucharadas de legítimo whisky escocés, suministradas por la blanca mano de Miss Joan, única enfermera que soportaba a su lado por ser de nacionalidad inglesa.

Una mañana, Miss Joan le anunció la visita de un amigo con su fría sonrisa cotidiana.

“¿Quién será? ¿Será Mr. Taylor o Mr. Monroe?”, se preguntó Mr. Jara, anhelando la visita de algún auténtico jefe norteamericano.

Después de pensar un momento pidió a la enfermera que introdujera al visitante. En el marco de la puerta apareció la robusta silueta de Froilán Rojas, aquel que lo había avergonzado delante de sus jefes con su excesiva confianza.

—¿Cómo te va, negro? Supe que estabas enfermo —murmuró el recién llegado con visible emoción, alargándole su ruda mano fraternal.

Mr. Jara pareció no comprender y guardó silencio. El pulso le latía débilmente y un sudor frío le inundó la frente morena. Comprendió que se moría. La enfermera, alarmada, telefoneó al doctor.

—¿Cómo te sientes, negro? —repitió Rojas,

emocionado, inclinando su auténtica y robusta estampa proletaria sobre el lecho del enfermo.

—*I don't know you* (No lo conozco a usted)
—mintió débilmente Mr. Jara, defraudado en sus expectativas.

Y cerrando los ojos, como un telón de boca, puso punto final a la larga comedia de su vida.

GANADO CUYANO

UNA MAÑANA de otoño, presagiosa de tempestad, el capataz de la cuadrilla del F. C. Transandino en el campamento Portillo, llamó al peón Rogelio Gallardo para participarle la noticia:

—De Los Andes avisaron por teléfono que tu madre está enferma en el hospital. Quiere verte. Dice que vayas mañana sin falta en el primer tren de bajada.

Rogelio recibió la noticia en silencio, pero en su rostro apareció una súbita ansiedad, denunciadora de su congoja interior. Sus labios temblaron ligeramente, a pesar de sus esfuerzos por aparecer sereno frente a la fría mirada del capataz, cuando examinándose las manos con gesto indefinible, masculló entre dientes su único comentario:

—En el primer tren de bajada me voy.

En aquel momento un viento huracanado, ra-

bioso, silbó en la catenaria y empezó a levantar olas de nieve, arrojándola sobre la vía que ya estaba expedita y azotando los rostros huraños de los hombres. Las cuadrillas limpiadoras, protegidas con ropa de hule y suestes marineros, se abalanzaron sobre sus herramientas, hostigados por la bronca voz del capataz que dominaba los aullidos del viento, y hundieron sus palas anchas con vigoroso impulso en el estéril vientre de la nieve.

Rogelio trabajaba rabiosamente. De buenas ganas hubiera arrojado su pala y echado a correr cerro abajo, siguiendo la vía férrea hasta llegar a Los Andes, si esto fuera posible, para estar pronto al lado de su madre. Era preciso esperar el paso del "ganadero". Es cierto que era prohibido viajar en aquel tren, pero haría una tentativa para embarcarse. Si lograba su objetivo, estaría con su madre a la mañana siguiente.

Aquella noche, en lugar de irse a su camarote, Rogelio se retrepó en la puerta del edificio, envuelto en su manta de castilla, con un cigarrillo en los labios amoratados por el frío, esperando que pasara el "ganadero". En la cordillera, la pasada de los trenes por las estaciones ferroviarias no tiene itinerario fijo. Todo depende de las circunstancias. Un simple y pequeño rodado sobre la vía, el recalentamiento de los ejes que obliga a paradillas intermitentes y cualquier otro motivo imprevisto, ocasionan atrasos considerables. Rogelio sabía esto por experiencia. El "ganade-

ro" estaba anunciado en Portillo para la medianoche, pero nadie podía asegurar la hora exacta de su arribo.

La noche cordillerana, silenciosa, pura, circundaba al muchacho. Arriba, a trechos, las estrellas temblaban bajo la inmensa carpa de un cielo de carbón. A la distancia, la laguna del Inca, como una inmensa pupila de la tierra, brillaba levemente con el plateado resplandor de la luna nueva que asomaba sus cuernos de plata entre los desgarrones de las nubes, encima de un picacho nevado.

El frío era intenso. Rogelio sentía los pies y las manos ateridos, las pupilas acuosas, las mejillas tensas, los labios agrietados. Evocaba la magra silueta de su madre, coronada de canas, y un premioso sentimiento filial ascendía desde su corazón y anclaba en su garganta. Deseaba verla, abrazarla, besarla como cuando era pequeño, un débil animalillo indefenso que buscaba la protección maternal. Ella era todo lo que tenía en el mundo; el único lazo humano, la única palabra bondadosa que había escuchado en su vida de auténtico proletario.

Cuando Rogelio Gallardo evocaba su pasado, sentía un negro malestar y una marea viscosa le empañaba las pupilas. Le era odioso el recuerdo del conventillo infecto, de las ramerías pobres y de los hampones del suburbio en el barrio Matedero de Santiago. Su niñez herida por la miseria

aparecíasele como algo lejano y candente que, sin embargo, perduraba en sus recuerdos tenazmente, resistiendo al tiempo y al olvido. Era imposible olvidar a la madre enferma inclinada sobre la artesa para enfrentarse con la vida. Era imposible arrancarse de la memoria la sórdida cavidad del conventillo estremecido por los gritos y blasfemias de los borrachos. Y era imposible, también, olvidar el hambre que había torturado su corazón de niño.

En todo su pasado, en todas las escenas preteritas, aparecía la dulce y resignada presencia de su madre, cocinando, lavando, barriendo, siempre en movimiento, ausente para toda actitud de reposo. Y ahora, de improviso, cuando menos lo esperaba, la escueta noticia del capataz: "Tu madre está enferma. Dice que desea verte".

El tiempo transcurría lentamente para su ansiedad y el tren no aparecía. Calculaba que ya era más de la medianoche. El sueño pesaba sobre sus párpados y el frío comenzaba a hacérsele insoportable, cuando sintió en la lejanía el inconfundible resoplar del convoy que se aproximaba entre las sombras. Era un rumor de esfuerzo, acompañado de un delgado silbido de la caldera ahíta de vapor. El tren se aproximaba lento, cauteloso, horadando la noche con su potente pupila eléctrica, semejante a un monstruo palpitante, rechinando sobre la cremallera. La máquina, al detenerse, continuó resoplando, como un animal cansado. El maquinista,

con la cabeza envuelta en su coipa con orejeras y la garganta protegida por una gruesa bufanda, asomó su cabeza absurda por la ventanilla de la locomotora para inquirir noticias sobre el estado de la vía, escrutando el firmamento con sus ojillos inquisidores, habituados a sorprender los inesperados cambios de tiempo en la montaña.

Mientras tanto, el ganado se revolvía en los vagones, impaciente, torturado, levantando la cabeza y mirando hacia el exterior con sus grandes ojos asombrados. Con el brusco sacudimiento de la detención del convoy, se oyeron golpes y algunos vacunos pugnaban por salir, presionando con todas sus fuerzas contra las gruesas tablas de las rejas.

De pronto, un mugido prolongado horadó el silencio de la noche serrana y se fue saltando de cerro en cerro hasta caer vencido en la distancia. Era un grito casi humano, acusador, que debió escucharse en las estrellas. Y como si aquel mugido fuera la voz de alarma, de todos los vagones comenzaron a emigrar bramidos delirantes, voces de angustia y de impotencia frente a la sorda impasibilidad de los hombres. La noche herida despertó sobresaltada. Poco a poco, en descenso, fueron apagándose los acordes de la negra sinfonía. Luego, sólo se escuchó un resignado manotear dentro de los vagones y sordos lamentos de los animales heridos en el largo trayecto desde las pampas argentinas.

Rogelio, presuroso, dirigióse al final del convoy. Allí, en su caseta, encontró al conductor del tren ganadero conversando con su ayudante. Expuso su petición con palabras temblorosas de frío y emoción. Deseaba llegar a Los Andes aquella misma noche para visitar a su madre enferma. Se estaba muriendo en un hospital. A lo mejor ya había muerto y quería verla antes que la sepultaran. El no pedía que lo llevaran gratuitamente. Si era preciso, pagaría lo que le pidieran. El conductor, sin conmoverse, lo escuchaba con el ceño fruncido y rechazó su petición con nerviosos argumentos.

—No, compadre. Hace tiempo me metí en un lío. Llevé a un fulano a Los Andes y resultó que había muerto a un cristiano en Caracoles. Además, aunque quisiera, no estoy autorizado para hacerlo. Los reglamentos son severos. Si lo llevo a usted, todos van a querer que los llevemos en el ganadero cuando se les antoje. Mañana pasa la combinación de pasajeros; váyase en ella, compañero.

—Es que la combinación llega mañana en la noche a Los Andes y ya puede ser demasiado tarde.

—Imposible. No puedo hacer nada. Buenas noches.

El muchacho, aparentemente resignado, se retiró temblando de ira, mascullando blasfemias contra el conductor *emperrado*.

“Sinvergüenza. Para llevarme a mí tiene miedo,

pero apuesto a que lleva contrabando en la caseta. Por eso no me quiere llevar."

Decidido, avanzó morosamente a lo largo del convoy, escrutando las sombras para descubrir algún vagón que le permitiera viajar sin peligro de ser aplastado. Todos los vagones estaban repletos. Empezaba a maldecir su suerte cuando descubrió una reja con un pequeño espacio libre. Sin pérdida de tiempo extrajo el fierro que aseguraba la entrada, empujó la pesada puerta de acero, poco a poco, anhelante, acechando hacia ambos lados, temeroso de ser descubierto, y cuando la abertura fue suficiente, penetró al interior con cautela, rechazando a puntapiés a los vacunos que pugaban por huir.

Escurriéndose a lo largo de la pared del vagón, resbalando en el estiércol fresco y en los orines repugnantes, alcanzó uno de los rincones, donde permaneció inmóvil, con el corazón palpitando de ansiedad.

El convoy empezó a descender, rechinando, hasta alcanzar el máximo de velocidad que le permitía la gradiente. Y entonces los vacunos comenzaron a moverse y a vacilar sobre sus patas. Roncos bramidos horadaban el túnel de la noche. El convoy, a ratos, deteníase sin causa justificada para el muchacho.

"¿A qué hora llegaremos a Los Andes", se preguntaba angustiado.

"Lo menos a las tres de la mañana", respon-

diase a sí mismo, nutriéndose con la esperanza de estrechar a la anciana entre sus brazos y contemplar su rostro arado por los años.

El sueño —enemigo solapado— acechaba al muchacho en el fondo de su ser, ablandando sus músculos, debilitando sus fuerzas, derramando ríos de laxitud en la roja hidrografía de sus venas. Rogelio sabía que no podía dormirse en aquel lugar, rodeado de bestias que a veces debía alejar a puntapiés. Además, el piso estaba cubierto por una espesa capa de fango putrefacto.

Encendió un cigarrillo, y aquella pequeña estrella móvil en la cavidad sombría del vagón lo acompañó silenciosamente como un amable y comprensivo compañero. Al débil resplandor de un fósforo pudo ver a un buey que lo observaba con ojos doloridos. De pronto, bruscas sacudidas le indicaron que el tren había entrado al tramo de curvas peligrosas. Los vacunos danzaban torpemente, resbalando en el piso húmedo, aferrándose con las pezuñas para mantenerse en pie. El hecho de que el vagón no fuera completo era causa de que los animales carecieran de apoyo y a veces rodaran por el piso. Otras, estuvieron a punto de reventar al muchacho, que se defendía de la muerte haciendo grotescos esguinces de torero improvisado.

El frío se hacía más intenso con la madrugada. El sueño, semejante a un pájaro sombrío, batía sus alas fatídicas sobre su cuerpo claudicante. Aho-

ra, debilitado por el esfuerzo, aterido por la baja temperatura, se arrepentía de haberse embarcado de "pavo". Podría haber esperado un día más. Quizás si su madre no estaba tan enferma como lo suponía y no habría sido necesaria tanta urgencia.

Dormitaba, cuando un violento sacudón del convoy lo arrojó de bruces sobre las astas de un vacuno. Un cuerno del animal penetró profundamente en su cuerpo a la altura del estómago. Quiso gritar, pero en vez del grito se escapó de su boca un grueso chorro de sangre caliente, con la violencia de un grifo abierto.

Cuando el convoy llegó a Los Andes en aquella limpia madrugada de otoño, algunos hombres rudos y malhumorados se abalanzaron hacia las rejas para obligar a descender al ganado, armados de largas picanas con un agudo clavo en uno de los extremos. Trabajaban aprisa. Necesitaban vaciar los vagones en el menor tiempo posible. Esa era la consigna. Daban golpes salvajes, como si se vengaran en los animales de todas las humillaciones sufridas durante sus años de miseria.

Uno de los hombres, canijo, moreno, con la cabeza protegida por un pequeño sombrero de ala levantada, a la usanza mendocina, hundió su picana en el ojo de un buey que se negaba a descender con la prisa deseada. El ojo, vaciado, colgaba balanceándose como un péndulo sangriento, mientras la bestia, horrorizada, avanzaba ciega, a

saltos, enloquecida de espanto. Otro, más allá, se daba a la tarea de golpear a un buey caído con un grueso garrote que manejaba con sádica crueldad.

El garrote, rabiosamente manejado por el verdugo, caía ahora sobre la cabeza del animal derribado. El castigo era implacable. El animal, haciendo un terrible esfuerzo que le arrancó sordos gemidos, se irguió tembloroso, vacilante, con el hocico abierto, por cuyos bordes se deslizaban hilillos de baba sanguinolenta.

Evacuado el ganado de las rejas, uno de los peones, revisando con su linterna el interior de un vagón vacío, descubrió un bulto informe que atrajo sus miradas. Creyó que podía ser el feto de una vaca. Pero aquello no era un ternero. Era un hombre. Nadie pudo reconocer en aquel montón de harapos y de sangre a Rogelio Gallardo, peón caminero de la vía transandina.

LA HUELGA

HACIA dos días que casi no comía. Con los nervios en tensión, la mirada dura y vaga, permanecía mudo, ausente, sin escuchar las breves advertencias de su madre, que lo observaba con temerosa insistencia. El muchacho se ahogaba en el sórdido cuarto de la cité. Necesitaba mezclarse con las multitudes, respirar el acre olor de los cuerpos sudorosos y gritar la rebeldía que lo aguijoneaba sin descanso, fecundada con la lectura de libros y folletos libertarios y la asistencia cotidiana al sindicato.

Desde que había empezado la huelga en todas las actividades de la mina, permanecía escasos minutos en el cuarto. Sorbía un plato de caldo, tomaba una taza de café, fumaba un cigarrillo y tornaba a la calle. Su madre lo veía llegar con alegría y partir con tristeza. Hubiera querido retenerlo a su lado, hablarle de sus temores, acariciar

su negra y romántica cabellera adolescente, pero sus manos y sus palabras caían abatidas ante el mutismo y el salvaje fuego de los ojos del muchacho.

Nervioso y audaz, su alma era una extraña mezcla de valentía y temor. Ansiaba encontrarse en una refriega formal con las fuerzas policiales que seguían a las masas de obreros como buitres hambrientos, vigilando sus movimientos en los comicios; pero veíase asaltado por temores que lo hacían temblar a pesar de sus firmes convicciones. La idea de la muerte lo acobardaba.

Su adolescencia, como en la mayoría de los camaradas de su edad, era una mezcla de madurez prematura extraída del taller y de pueril evolución mental. Pablo, alto, espigado, moreno, musculoso, había heredado la estampa física y la vehemencia de su padre. Por eso su madre vivía en perpetua zozobra. Era una angustia reprimida, oculta y amarga, que la perseguía con insistencia en la vigilia y en el sueño, con negros presentimientos, clavándole crueles espinas en el corazón que la hacían verter lágrimas silenciosas.

Cuando Pablo, entusiasmado, le participó la noticia de la huelga general, rompió a llorar silenciosamente.

—¿Qué le pasa ahora, señora? —le preguntó Pablo, irritado ante esa actitud que no esperaba.

—Nada, hijo, nada —murmuró la madre, tratando de serenarse, secándose los ojos con la punta

de su humilde delantal—. Hay que ser precavido —prosiguió con temor—. No te mezcles en los desfiles y no vayas al sindicato hasta que pase la huelga.

Pablo la escuchaba en silencio. Deseaba decirle algo desagradable, pero lo detenía una íntima piedad hacia esa viejecita que dependía únicamente de él. Después de algunos instantes de vacilación, pudieron más su terquedad y vehemencia innatas y habló fríamente:

—Esas son cosas que usted no comprende, madre, y haría bien en no mezclarse en mis asuntos. Le he comunicado que estamos en huelga para que no se sorprenda de verme metido en este cuarto en horas de trabajo. Nada más.

Y salió a la calle con paso elástico y seguro, al encuentro de la vida. Sentíase más hombre. ¡Caramba, era un huelguista! Aquélla era la primera huelga de su vida. Por la calle caminaba decidido, mirando con desprecio a los transeúntes que encontraba a su paso. Le hubiera agradado que toda esa gente supiera que él era un huelguista decidido.

“¿Por qué no usaremos un distintivo para distinguimos de los burgueses y obreros que no toman parte en esta huelga?”, se preguntaba con pueril insistencia, prometiéndose gritar su idea en el sindicato aquella misma noche.

El primer día de huelga se recogió tarde y malhumorado. La huelga no era lo que él se había

imaginado. Durante la sesión plenaria se tomaron acuerdos relacionados con las gestiones ante el Tribunal del Trabajo para lograr el aumento de salarios y se leyeron algunas comunicaciones de los gremios que ofrecían su adhesión. Cuando él, con insistencia irritante, se había empeñado en que escucharan su moción del distintivo huelguista, lo hicieron callar con gritos y blasfemias:

—¡El compañero Vargas está hablando estupideces! ¿Para qué necesitamos un distintivo? ¿Para facilitar la tarea a los agentes de Investigaciones?

—Hay cosas importantes que tratar, compañero Vargas —le había dicho con voz firme y potente el presidente del sindicato—. Le ruego que se calle, en beneficio de todos.

—¿No puedo expresar mi opinión, entonces, en una asamblea general?

—¡Afuera, afuera! —bramaban algunas voces agrias, enardecidas por aquella disputa que estimaban estúpida.

Lo habían humillado. Se había visto obligado a guardar silencio durante el resto de la sesión, rojo como una amapola, soportando las miradas burlonas de algunos camaradas. Por eso, en el silencio de su cuarto, bajo la tibia complicidad de las frazadas, ahogó los sollozos de su primera derrota frente a la vida.

Durante los días siguientes Pablo continuó recogándose tarde. Vivía como un sonámbulo. Su madre lo veía llegar en silencio, pálido, demacra-

do, sombrío. Desde la escena del primer día, la anciana evitaba hablar de la huelga. El dinero estaba por agotarse y se preguntaba angustiada qué haría cuando se agotara por completo. Había que comer, aunque fuera una vez al día. Ella, vieja y enferma, no podía trabajar y le era imposible alargar la mano en demanda de socorro, porque las vecinas estaban en sus mismas condiciones.

El muchacho sorbía el caldo, masticaba un trozo de pan, con los ojos bajos y el ceño contraído, y retornaba a la calle gruñendo un saludo de despedida.

—Hasta luego, hijo, que Dios te proteja —murmuraba la anciana.

Pablo parecía ignorar la angustia de su madre. Su fervor de prosélito y su inexperiencia de neófito le impedían ver la realidad que lo circundaba. Se mezclaba en todos los grupos, acudía a todos los comicios y era el primero en provocar a las fuerzas policiales, protegido por la barrera de carne de sus compañeros. Deseaba saber cómo era "aquello", es decir, una lucha formal con la tropa. Después de la refriega sentiríase más hombre y podría contar con orgullo entre sus camaradas la actitud que le había correspondido. Además, le agradaba pensar en la admiración de Amalia, cuando se lo contara todo. En cuanto a su madre, se convencería de que su hijo no era ningún cobarde y que sabía colocarse en el lugar que le correspondía en la lucha que habían iniciado. "Madre, he-

mos triunfado. La huelga ha sido un éxito. El encuentro con las tropas fue soberbio", le diría.

Ahora estaba ahí, en el cuarto, al lado de su madre, enronquecido de tanto grito inútil, hosco y mudo para evitar las advertencias quejumbrosas de la anciana. El dinero se había agotado. Algunos objetos, los de mayor valor, habían desaparecido de la habitación. Las casas de préstamos veíanse ahítas de gente famélica en aquellos sombríos días de la huelga. El hambre comenzaba a empalidecer las mejillas proletarias y a poner una angustiosa tristeza en las pupilas de los niños.

—¿Se arreglará pronto esto? —se atrevió a inquirir la madre, sin pronunciar la palabra que no había repetido después del disgusto inicial.

—Nada se sabe —contestó vagamente Pablo, sin levantar los ojos de su plato vacío.

—La vecina está muy afligida. Tiene cuatro niños y como el marido anda metido en eso...

—¿Qué quiere que hagamos nosotros? A todos nos pasa igual, madre.

—Así es, hijo. Los pobres tenemos que sufrir.

—¿Sufrir? ¿Sufrir por qué? Porque somos unos imbéciles —estalló Pablo, mirando a su madre fijamente, como si ella fuera responsable de los errores de la sociedad.

La anciana permaneció en silencio escuchando el largo monólogo de su hijo, sin comprender gran cosa. Sentía respeto y admiración hacia Pablo, que hablaba un lenguaje que desconocía. Lo úni-

co que comprendió fue la necesidad de soportar el hambre hasta el último momento. Eso se lo dijo Pablo en términos fogosos, con los ojos brillantes, como iluminado por una fuerza oculta. En seguida salió a la calle para juntarse con sus camaradas.

—Luego vuelvo —murmuró al observar la muda súplica de la anciana para retenerlo a su lado, sin comprender en ese instante la honda y secreta sabiduría de las madres.

Al llegar a una calle céntrica se unió a un grupo de obreros que marchaban cantando. Luego se unieron a una compacta masa de mineros que habían llegado a la ciudad, abandonando sus faenas. Los hombres marchaban confiados en su fuerza colectiva. Por sus cerebros cruzaban como relámpagos los recuerdos de la mina y la estampa de los jefes despiadados, protegidos en su indiferencia. Ya no eran de los topos que arañaban penosamente el vientre de la cordillera durante ocho horas mortales, para después arrojarse agotados en sus sórdidas madrigueras colectivas. Ya no eran los hombres dóciles y sumisos que trabajaban sobre el fango de las galerías para arrancar el cobre a las montañas, ahogados por las emanaciones de la pólvora quemada y ensordecidos por el tableteo de las perforadoras mecánicas. Habían salido del fondo de la tierra, descendido de las altas montañas, para mirar a sus jefes cara a cara y exigir justicia para su condición humana.

—¡Viva la huelgaaaaaa!

De todos los rincones de la ciudad se alzaban las voces, agrias y poderosas, bajo el sol o las estrellas, enardecidas y sedientas de justicia. Los mineros rugían. Era una fuerza fecunda, una energía en potencia liberada de su cauce. Querían ser escuchados por los de arriba. Querían ser tratados como hombres. Querían vivir dignamente. Estaban hartos de ofrecer su esfuerzo a cambio de un mendrugo. Y para ser escuchados, esforzaban los pulmones robustos y hendían el aire con su potencia acusadora:

—¡Viva la huelgaaaaa!

—¡Vivaaaaaaaaa!

Los hombres estaban embriagados de entusiasmo. Las mujeres, borrachas de esperanza. Era una embriaguez robusta y generosa que se gestaba en las venas, hervía en los pechos y reventaba en las gargantas. La hoguera crecía fatalmente, inevitablemente.

Pablo, frenético, enardecido por las voces agrias de sus camaradas, increpaba a los transeúntes inofensivos que se dirigían a sus labores:

—¡Abajo los burgueses, los traidores! ¡Mueran los traidores!

La columna avanzaba como una marea potente, ondulante, entre gritos y canciones, por las calles de la ciudad, en demanda de la estratégica Plaza de los Héroes, cuando fueron reconocidos algunos rompehuelgas que se dirigían hacia las oficinas y talleres de la Empresa. Una granizada de insultos

cayó sobre los aterrados esquirolas. Algunos fueron golpeados. En ese instante, un oficial acercó su caballo al grupo para hacerse oír:

—¡Eh, basta de insultos! Les advierto que pueden continuar, pero en completo orden.

Su advertencia fue acogida con una lluvia de improperios. El oficial, irritado, sintiendo vulnerado el principio de autoridad, llamó con un ademán de su mano en alto a la tropa que lo seguía, para hacerse obedecer. Su actitud provocativa, en vez de calmar los ánimos exaltados, fue la chispa que encendió la mecha.

El oficial, rojo de cólera, no sabía qué actitud tomar ante la rebeldía creciente de los manifestantes. Trató de coger a un obrero que pasó a su alcance, pero el hombre se escabulló con un rápido esguince, mezclándose en el grupo compacto. Aquel fracaso lo irritó hasta la exasperación. Entonces, sin meditar en su actitud, extrajo su pistola y la apuntó al grupo para atemorizarlos. Los hombres se callaron. Aquel simple ademán, que envolvía la idea de la muerte, bastó para que las gargantas enmudecieran y pasara por los cuerpos una súbita ráfaga de miedo.

Durante algunos segundos sólo se escucharon las pisadas de los manifestantes y el metálico contacto de las herraduras de los caballos policiales sobre el pavimento de la calzada.

Pero la reacción fue violenta. Dominado el miedo repentino, un grito unánime salió de las

gargantas de aquella masa densa y ondulante. Alguien lanzó un petardo que estalló con estruendo entre las patas de los caballos de los carabineros. Se escuchó un largo relincho de terror que dominó al griterío colectivo. En ese momento, sin que nadie pudiera evitarlo, Pablo se desprendió del grupo enarbolando un garrote sobre su cabeza desgrefñada.

Decidido, intensamente pálido, con las mandíbulas apretadas, se lanzó contra el oficial que comandaba a la tropa, empujado por una fuerza ciega e indomable que lo obligaba a actuar. Su orgullo herido, la humillación en el sindicato y las palabras mordaces de algunos de sus camaradas fueron las causas que lo decidieron a jugarse la vida.

De pronto, en medio del tumulto, se oyó el seco estampido de un disparo. Pablo se desplomó sin un grito. Un clamor de venganza estalló en todas las gargantas. El cuerpo del muchacho fue alzado por los robustos brazos de los huelguistas más cercanos y la masa compacta, ondulante, enardecida, continuó avanzando por la calle como una marea poderosa, en demanda de su destino.

Era el sexto día de la huelga.

EXTRAVIADO

LIBORIO Espinoza se detuvo, miró hacia la altura y permaneció inmóvil y sombrío, con una arruga vertical entre las cejas pobladas, semejantes a dos alas de cóndor abiertas en el vuelo. La cordillera, impresionante, adusta, lo circundaba. Nunca se había imaginado que fuera tan extensa. Hacía dos días que vagaba sin rumbo, trepando y descendiendo sin descanso y escrutando los alrededores con la esperanza de encontrar un punto habitado. Ahora, demasiado tarde, arrepentíase de su terca decisión de aventurarse solo en la montaña.

—No vayas solo, hombre. La cordillera es celosa y no conoces bien el camino —le había aconsejado su compañero José Guerra, contrabandista enviejado en el oficio. Pero él, desoyendo la advertencia y confiando en su instinto de orientación, se había puesto en camino con un con-

trabando de pisco y aguardiente que ocultaba alrededor de la cintura, en seguros compartimientos, internándose por los cerros de Coya en dirección a Sewell.

Liborio Espinoza era novato en el oficio. Aquélla era la tercera vez que se dirigía a Sewell, el principal campamento minero, a través de la cordillera, por senderos desconocidos y casi intransitables, para burlar la vigilancia de los carabineros y serenos del mineral, insobornables y crueles para perseguir y castigar a los contrabandistas. La zona seca era mantenida rígidamente, con el arma al brazo, desde Coya hasta Sewell, en un amplio e imponente escenario en el que no cabían la ley y el delincuente. Las primeras veces acompañó a José Gúerra, un hombre maduro, de recia estampa proletaria, que lo había iniciado en el peligroso oficio de "huachuchero".

El contrabandista creyó dominar a la montaña y ahora estaba ahí, desalentado, hambriento y dolorido, vagando sin rumbo bajo un ardiente sol de verano que calcinaba las rocas y deshidratava su cuerpo con agujas implacables. Había errado el camino. Estaba circundado de cerros grises, ásperos, desnudos, que erguían sus catedrales de granito y sus mudos campanarios bajo el gigantesco ábside del cielo. No existían vestigios de vida vegetal y el cielo purísimo era como una inmensa pradera azul y desolada.

El silencio era impresionante y la soledad an-

gustiosa. Súbitamente se dio cuenta de su pequeñez ante las fuerzas ciegas del destino. En la cordillera, entre picachos gigantescos y profundas quebradas, laderas empinadas y peligrosas torren-teras de cauce seco, no era más que un ser desvalido, debatiéndose desesperadamente contra las distancias que anulaban sus esfuerzos.

Joven y robusto, el contrabandista caminaba sin desmayar, con la mirada torva, irritado consigo mismo, sin separarse de la carga que le golpeaba los riñones. A ratos deteníase a escudriñar el horizonte de cerros. Sus ojos sagaces, violentos, afiebrados, recorrían las laderas, las hondonadas y picachos, para volver derrotados a fijarse en su camino, donde no había ni el más leve vestigio de huellas humanas o animales.

Llegó la segunda noche y Liborio seguía andando. Rendido, tendióse bajo el firmamento estrellado, abatió la cabeza entre los brazos y se quedó profundamente dormido. Fue un sueño reparador, en el que se sumergió arrastrado por el cansancio de las marchas agotadoras. Durante el sueño, el hombre se libera de sí mismo al penetrar en el misterioso y profundo lago del olvido. Más allá de la vigilia, cesa la realidad y la angustia cae derribada como un árbol tronchado.

Despertó a medianoche, con el cuerpo dolorido y la boca seca. Tragó saliva dificultosamente. Palpó en la obscuridad la vieja caramayola y la encontró vacía. Había agotado el agua en dos días

de marcha, imprudentemente, con la falsa creencia de que sería fácil encontrar arroyos en pleno verano. Para engañar al estómago, encendió un cigarrillo que fumó de espaldas sobre la dura costra de la cordillera.

Arriba, las estrellas titilaban en un cielo de cristal. El silencio era impresionante. La soledad, agobiadora. Aquélla era una tierra muerta. El hombre, en aquel escenario de piedra, era apenas un corazón anhelante sometido a las ciegas fuerzas de la naturaleza.

Liborio, como todos los contrabandistas, era orgulloso y testarudo. Costábale convencerse a sí mismo de que se había extraviado por ignorancia del terreno. Y mientras fumaba, recordó a su mujer y a sus chiquillos. ¡Pobre Eliana! La había dejado en casa de una tía, en Machalí, mientras él encontraba trabajo en "El Teniente".

Cuando recordaba su pasado, sentía que amargas bascas ascendían desde el pecho hasta su boca voluntariosa. Liborio había sido pequeño agricultor, propietario de una chacra en las cercanías de Machalí, heredada de sus padres. Amaba a esa tierra pródiga, en la que las sandías y melones, el maíz y los porotos cubrían el potrerillo con la abundancia de sus frutos.

Todo iba bien en la chacra de Liborio. Era un hombre tranquilo y sólo bebía durante las fiestas patrias, abriendo las válvulas de su alegría contagiosa cuando el cerro San Juan de Machalí seme-

jaba un inmenso enjambre de huasos y mineros venidos desde las haciendas vecinas y los campamentos de Sewell, Caletones, Coya y Pangal.

Pero un día, de eso hacía cuatro años, un compadre que tenía una parcela en San Felipe lo aconsejó sentenciosamente:

—No sea lesa, compadre. Siembre maravilla. Eso sí que da plata. La compran a muy buen precio para fabricar aceite comestible.

—¿De veras, compadre Anselmo?

—Claro, pues, compadre. Haga la prueba. Le aseguro que se la arrebatan en verde.

Liborio, aquel año, sembró maravilla. Los potreros cubriéronse de erguidas plantas que al madurar ostentaban en su cúspide la gigantesca flor que gira persiguiendo los rayos del sol. Pero las cosas no sucedieron aquel año como las predijo el compadre Anselmo. Por falta de mercado, no hubo compradores. Liborio segó la maravilla, arrancándola a grandes brazadas, y la amontonó en su predio con la esperanza de venderla.

Llegaron las primeras lluvias y la maravilla comenzó a pudrirse. Aquello fue un desastre. Su mujer, los chiquillos, los vecinos, lo miraban consternados. No encontraba qué hacer con aquellos inmensos montones de maravilla seca, inutilizada, podrida. Algunas matas de zapallos, que crecieron solas, trepaban amorosamente por la ramada de la cocina, ostentando sus voluminosos frutos como una muda ofrenda a la angustia campesina.

El hambre, por primera vez después de mucho tiempo, se asomó aquel año al rancho de Liborio. Pero nadie se quejaba. Mudos, en silencio, comían el plato de pantrucas con tortillas de rescoldo, aguardando esperanzados, como buenos pobres, que la tierra les devolviera con creces la nueva siembra de papas y maíz.

Pero la tierra tampoco fue generosa aquel año con el campesino. Las papas se dañaron con lluvias torrenciales y el maíz no rindió como se esperaba. Fue un año malo para la agricultura. Todos se quejaban, menos Liborio, orgulloso, huraño, testarudo. A comienzos del invierno mató uno de sus bueyes, y eso fue el comienzo del desastre. Para reemplazarlo, cuando se aproximó la fecha de la rotura de la tierra, tuvo que hipotecar la propiedad. El dinero de la hipoteca se le escurrió entre los dedos como el agua en un canasto. Poco después enfermó su mujer. Nueva hipoteca, esta vez por una suma considerable.

La desgracia, dicen, nunca viene sola. La hipoteca no pudo pagarse a tiempo y la justicia procedió al remate de la propiedad.

Así fue como Liborio Espinoza quedó en la miseria. No pudo resignarse a trabajar de peón, después de pertenecer a varias generaciones de pequeños propietarios. Decidió hacerse minero de "El Teniente". Aguardaba su oportunidad cuando en una taberna de Machalí encontró a su viejo amigo José Guerra. Los amigos, en esos ca-

sos, se cuentan sus cuitas. Liborio, por primera vez, desnudó su amargura ante ojos ajenos. No sabía qué hacer. No podía resignarse a la pérdida de su rancho. Las cosas habían sucedido tan rápidamente, tan inesperadamente, que todo le parecía que había sido una pesadilla. Pero era realidad: no tenía dónde caerse muerto. Esa era la verdad.

Fue entonces cuando José Guerra, con su voz bronca y pausada, lo invitó a formar parte de su "negocio".

—Mañana salgo para la mina —le había revelado en tono confidencial— con un contrabando de licor. Si quieres, me acompañas. Es buen negocio, te lo aseguro.

Y sin pensarlo dos veces, Liborio se convirtió en contrabandista de licor en la zona seca de "El Teniente". Ahora, al evocar su primera aventura, piensa en que no debería haberse separado de los suyos. Pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos y lo único que importaba era salir bien de esa encrucijada. Pensando en todas esas cosas, no pudo conciliar el sueño.

Al amanecer reanudó la marcha con brío, pero pronto tuvo que detenerse a descansar. Sintió hambre. Comió un pedazo de charqui que le restaba en el bolsillo. La falta de agua comenzaba a mortificarlo, clavándole sus dardos en las vísceras ardientes. Para recuperar las fuerzas, tendíase de espaldas, cara al cielo, respirando profundamen-

te el aire seco de la altura. Luego se incorporaba reconfortado y continuaba su camino, sin rumbo, con muda desesperación, trepando y descendiendo, con la garganta seca y el cuerpo afiebrado bajo el sol implacable.

Tenía razón su compañero José Guerra: la cordillera es grande y hay que conocerla. El que se aventura en sus predios tiene que reconocer, con humildad, su infinita pequeñez frente a la grandiosidad de la montaña. Los orgullosos casi siempre caen en sus garras. Un solo grito basta para sepultar a una caravana de imprudentes que profanan el grandioso silencio cordillerano, cuando las laderas están cubiertas de nieves invernales.

En invierno la nieve cae sin descanso, cubriéndolo todo, cegando los caminos, borrando referencias, redondeando las cimas, poniendo un límite a las ambiciones de los hombres. Al llegar la primavera, comienzan los deshielos, precipitando grandes masas de nieve desde las cumbres hasta la profundidad de los cajones. Es la época en que los ríos descienden vertiginosamente, rugiendo en sus lechos de piedra para vaciarse como potros desbocados sobre los verdes campos de las tierras bajas. Y en verano, despojada de sus albas vestiduras, la cordillera es una imponente masa de rocas calcinadas por el sol, bajo la pupila de Dios, teñida de infinito.

Al cuarto día, Liborio avanzaba lentamente, como bestia sumisa, con los músculos flojos, la bar-

ba crecida, la mirada vaga. Ya no se preocupaba de encontrar el camino: sólo deseaba encontrar agua. Todos sus pensamientos, todo su ser, todos sus instintos iban dirigidos hacia el mismo fin. Sentía la boca seca, el estómago dolorido y una extraña sensación de no pertenecerse a sí mismo, de estarse observando con ojos cerebrales, como si estuviera viviendo una espantosa pesadilla.

—Debe ser la fiebre —pensó en voz alta.

Le extrañó el tono de su propia voz, como si la escuchara por primera vez, la voz de otro hombre que surgiera de su garganta reseca. Aquéllas eran las primeras palabras que escuchaba después de cuatro días de silencio, durante los cuales sólo había escuchado el sordo rumor de sus pisadas y algunas veces el leve aletazo del viento entre las piedras.

Para escucharse a sí mismo, llenó de aire los pulmones y lanzó un grito animal, primitivo, de hombre cavernario perdido en la inmensidad de la tierra despoblada. El grito chocó violentamente contra los esquistos y rebotó como una pelota de goma saltando sobre los profundos barrancos hasta diluirse en el aire claro y transparente semejante a un pájaro tragado por la distancia.

El peso de las botellas le torturaba los riñones y le sorprendió que no se le hubiera ocurrido desprenderse de aquella carga inútil. Una a una fue arrojando las botellas a un profundo barranco, donde estallaban con ruido cristalino, despidien-

do fugaces relámpagos de sol aprisionado. Nada le importaba el dinero perdido. El cansancio y la angustia habían derrotado a su ambición. Sólo deseaba aliviarse para continuar la marcha en busca de agua.

A medida que se aligeraba de su carga, sentíase más ágil y liviano y una agradable sensación de alivio sucedía a la dolorosa presión en los riñones. La vacilación detuvo su brazo en arco más atrás de su hombro derecho, en actitud de lanzar la última botella. La sed lo devoraba y aquel líquido, del que había bebido algunos sorbos durante el largo trayecto, lo incitaba con su terrible señuelo cristalino. El hombre vacilaba. Sabía el peligro que encerraba la botella. Pero pudo más la sed, y decidido, con gesto soberbio y desafiante, bebió con ansias, hasta la última gota, el aguardiente que le quemaba la garganta y el estómago, pero que humedecía sus fauces secas. En seguida, con rabia sorda y desesperada, lanzó el envase al fondo del barranco.

De pronto, Liborio vio que la tierra giraba como un inmenso carrusel y que los cerros se alargaban hacia el cielo. Estaba borracho. Excitado por el alcohol, estalló su furia de volcán en erupción. Necesitaba desahogar su ira contra alguien o contra algo. Con los puños cerrados, los ojos inyectados y la boca espumosa, apostrofó a las montañas ásperas y bravías que lo circundaban impasibles.

—¡Montañas malditas! ¡No soy perro para morir en estas montañas malditas!

Sus alaridos saltaban los barrancos y se iban a estrellar contra las murallas de granito que se alzaban ante sus ojos. El eco, burlón y despiadado, repetía sus palabras mutiladas:

—Itas. . . , itas. . . , itas. . . , itas. . .

Intentó continuar la marcha, pero tropezó en un pedrusco y se desplomó. Allí quedó de bruces, bajo el sol, bebiendo un agua imaginaria que le circulaba en mudos espejismos por el silencioso río de sus venas.

Cuando despertó, con la garganta seca y el cuerpo ardiendo, el sol comenzaba a descender. Se irguió penosamente y miró en torno con ojos dementes y facciones contraídas por el malestar de la borrachera. Poco a poco fue reintegrándose a la realidad y tuvo conciencia de su situación, que había olvidado por algunas horas bajo el influjo quemante del alcohol.

Anduvo sin rumbo, hasta que anocheció. Tenía los pies desollados y las manos ensangrentadas. La sed continuaba atormentándolo, exacerbada por el aguardiente ingerido. Un duendecillo, ahora, bailaba ante sus ojos, mofándose de su angustia.

—Ja, ja, ja. ¿Querías beber? Has bebido hasta reventar. Ahora, aguanta, desgraciado.

Liborio, furioso, lanzó un puñetazo al duende burlador. Pero no era fácil golpearlo porque saltaba en rapidísimos esguinces, como un elegante

y entrenado boxeador. Luego se sumergió en un sueño delirante, en el que veía cascadas de agua que no podía tocar, riachuelos que se alejaban de su paso, rumorosos esteros semejantes a los que corrían en las feraces tierras doñihuanas.

Después la cordillera se cubría de matas de maravilla, enhiestas, coronadas de flores gigantescas, inundándolo todo como una marea vegetal. Su mujer, de pronto, aparecía llorando. ¿Por qué lloraba? El se irritaba por aquel llanto silencioso y la insultaba a gritos. La tierra estaba cubierta de maravillas, semejantes a enormes ases de oro de los naipes, y ella estaba llorando como una estúpida, ignorante de esa riqueza acuñada en las semillas.

Despertó con los primeros rayos del sol. Los cerros más altos sombreaban profundos barrancos y empinadas laderas. El paisaje era el mismo, impresionante, áspero, salvaje. Sintió malestar de volver a la realidad. Tenía fiebre. Procuró tragar saliva, pero la garganta se le apretó en un espasmo doloroso. Quiso gritar, pedir auxilio, pero la lengua hinchada lo hizo emitir un extraño gruñido de bestia herida.

“Agua, agua, agua, agua”, repetía mentalmente en un delirante estribillo de angustia solitaria.

—¡Si lloviera, Dios mío! —suspiró con amargura.

Miró hacia el cielo: estaba puro, diáfano, sin una nubecilla. Era una inmensa pantalla de cristal

azul cubriendo el ardiente escenario de la cordillera. Pensó en Dios, en un milagro. Si lloviera, estaba salvado. Sin comer podía aguantar varios días, pero sin beber moriría sin remedio. Esa idea precisa, clara y rotunda, no le causó miedo. Nunca le había tenido miedo a la muerte, pero no quería darse por vencido: tenía que luchar y encontrar la salvación por cualquier medio. ¡Si lo encontraran los carabineros que recorren la cordillera en busca de contrabandistas! ¿Lo matarían? Correría el riesgo. Es difícil matar a un hombre hambriento y extraviado. Lo llevarían preso a Sewell. Nunca había sentido con tanta fuerza el deseo de ser encarcelado. Después podría evadirse o lo pondrían en libertad por falta de pruebas, porque había hecho desaparecer su carga de pisco y aguardiente.

En la cumbre de un picacho blanqueaban las nieves eternas. Liborio, delirante, comenzó a ascender, agarrándose a las piedras salientes, sin sentir las magulladuras, devorado por la fiebre, resbalando, cayendo y levantando, atraído por el espejismo que agitaba sus albas banderas en lo alto de la montaña.

Después de dos horas de marcha se detuvo extenuado. Cuando creía que le faltaba poco para llegar, salía a su encuentro un precipicio, cerrándole el paso con su presencia muda e inmutable. El picacho erguía siempre lejano, llamándolo

con sus pañuelos de nieve. Las sienes le latían y los oídos le zumbaban con irritante insistencia, mientras el corazón era una loca pandereta que golpeaba en la desgarrada caja de su pecho. Hizo un último esfuerzo y continuó ascendiendo maquinalmente. Sólo el instinto de conservación movía sus músculos destrozados por el cansancio y la falta de agua y alimentos.

De improviso sintió que se le nublaba la vista y cayó de rodillas. Siguió arrastrándose penosamente en un supremo esfuerzo por alcanzar la altura donde estaba la vida, incitándolo con sus blancas manos de samaritana. Aquella tortura terminó por enloquecerlo. Cerró los ojos y permaneció inmóvil. La fiebre quemaba su sangre. A su lado, brotando de las rocas, vio una vertiente clara y rumorosa. Alargó las manos delirantes y la fuente, carcajeando, se alejó de su lado para seguir derramándose fuera de su alcance. En ese instante apareció nuevamente el duendecillo bailarín.

—¡Alcánzala! —le dijo al oído.

Liborio se había burlado siempre de las supersticiones de sus compañeros. No creía en brujerías, en fantasmas ni en La Lola, de la que le habían hablado los mineros de "El Teniente". Sin embargo, ahí estaba ahora ese maldito duende, hostigándolo, hablándole al oído, saltando ante sus ojos como un pequeño payaso narigón.

—¡Agua, agua, agua!

—¡Alcánzala, alcánzala!

Algunas veces creyó atrapar a la esquivo vertiente y hasta sintió el frescor de su caricia líquida, pero al querer hundir sus labios en el agua sólo mordía el polvo de las rocas. Poco a poco, cayó en un sopor alucinante. Mientras permanecía con los ojos cerrados sintió que alguien estaba a su lado. Pensó que sería el duende, maldito duende que lo perseguía a través de la cordillera. Abrió los ojos y reconoció al Negro José que le alargaba un vaso de agua con gesto fraternal.

Alargó la mano ansiosa. Repentinamente, la visión desapareció. Y entonces el hombre, derrotado, lloró sobre su desamparo por primera vez en su vida. Amargamente. Silenciosamente. Sin testigos. El silencio que lo circundaba se hizo más intenso. El cielo semejaba una inmensa carpa azul, cuyas bases comenzaban a teñirse de sangre. La piel le ardía, reseca, quemada por el sol.

Luego vio a su mujer que recogía sandías en la chacra. Apartaba una y la partía en el canto de una piedra. La pulpa roja, fresca, jugosa, caía sobre la tierra parda, y él no podía cogerla, inmovilizado por una fuerza extraña. Después veía un chorro de chicha dulce que brotaba de un fudre perforado, sin descanso, deslizándose por el piso, formando lagunas bermejas, arroyuelos purpurinos irisados por el sol. Y él continuaba encadenado a

la tierra, sin poder saciar su tremenda sed de agonizante.

Poco a poco sintió un dulce bienestar, un apaciguamiento de sus ansias, una extraña resignación que lo hizo olvidarse de su angustia. Con el rostro sumergido entre los brazos, cayó en un largo desmayo, ajeno a la sed, al hambre, al cansancio, al dolor, a la angustia y al arrepentimiento. Así permaneció largo rato, horas tal vez, mientras oleadas de aire caliente emergían de los cajones cordilleranos como de la boca de un horno gigantesco.

Al atardecer, Liborio recobró el conocimiento, pero dejó de percibir el murmullo del viento entre las rocas. Sólo sus ojos tenían vida. Tendido de espaldas, vio cómo las estrellas aparecían, una a una, sigilosamente, en el cielo que se teñía de añil. El viento de la noche era fresco y le agradaba sentirlo sobre su piel. No podía dormir y permaneció así, durante largo tiempo, mirando al infinito.

Al día siguiente aún estaba así, con los ojos abiertos, mirando fijamente hacia la altura. Fue en ese momento cuando escuchó la voz de su compadre Anselmo, fuerte y segura, aconsejándolo:

—Para el próximo año, compadre, siembre pura maravilla. Se la arrebatan en verde. Haga la prueba.

“Bueno, compadre Anselmo”, respondió men-

talmente el hombre derrumbado. Y continuó mirando hacia la altura mientras los buitres descendían en lentos e impecables círculos, sin premura, aguardando la hora del festín.

UNA CASA JUNTO AL RIO

CUANDO Juvenal Moncada se cansó de vagar por las riberas del Mapocho, abandonó Santiago con paso elástico y seguro, cruzó a pie la cuesta de Chacabuco y una tarde de enero, en que el sol incendiaba la tierra calcinada, se encontró en el pueblo de Los Andes, que lo acogió con un silencio impregnado de presagios.

Y allí, entre las calles solitarias, cuando el sol se hundía en la lejanía malva del horizonte, enrojeciendo los altos picachos de la cordillera cercana, Juvenal Moncada sintió el aguijón del hambre torturándole el estómago y retorciéndole los intestinos. Pedir limosna era fácil. Pero él no quería hacerlo. Se habría despreciado si lo hubiera hecho. Sabíase hombre responsable ante su propio yo y aunque le disgustara el trabajo sabía encontrar los medios que lo sacaran del apuro. Además, un fondo de obscura rebeldía le impedía

solicitar ayuda. En último caso, robaría. No era hombre de muchos escrúpulos y podía robar sin violencia, cuando esto era necesario.

Una tarde, cuando las jaurías del hambre lo acosaban y en los túneles de su sangre comenzaba a hervir la desesperación, se decidió a ir al río. Siempre había sido amigo de los ríos. En ellos había buscado el oro resplandeciente que iba a parar a manos de intermediarios inescrupulosos, profesionales del robo legalizado, y había encontrado su alimentación y su bebida. El Aconagua, haciendo sonar su caracol montañés, le salió al encuentro a poco andar. Descendió el talud y empezó a recorrer la ribera norte en dirección contraria a las aguas turbias y violentas que saltaban construyendo abanicos de espuma. Pronto encontró a un hombre sucio y andrajoso que sostenía entre sus manos escuálidas una rústica caña de pescar.

—¿Hay pescados en este río, amigo?

—Claro, salmones.

—¿De veras, compañero?

Había en su pregunta una oculta ansiedad que delataban sus pupilas zahoríes, ávidas de vida, *empapadas de esperanza*.

—No le digo. ¿Pa qué le voy a mentir?

—Voy a fabricar una caña de pescar al tiro. Aquí tengo lienza —agregó, extrayendo de uno de sus bolsillos un pequeño ovillo de cáñamo ordinario, indispensable a todo vagabundo.

De cinco certeras cuchilladas con su pequeño puñal arrancó una rama escogida de sauce, ató el cáñamo a un extremo y se aproximó a su compañero de pesca.

—Oiga, compañerito, ¿no tiene un anzuelo y un pedacito de carnada?

—Claro. Aquí tiene.

La mano negra y escuálida del hombre le alargó con gesto sencillo un anzuelo usado y un trozo de carne. El hombre ayuda al hombre. Y el hombre, en algunas ocasiones, es también lobo del hombre. Juvenal, ansioso, arrancó los utensilios de manos de su camarada y en pocos momentos estuvo listo para iniciar la pesca. Buscó colocación cerca de su compañero, pero un imprevisto escrúpulo lo hizo preguntar:

—¿Puedo pescar aquí, compañero? ¿No le molesto?

—No es mío el río —repuso el vagabundo con una sonrisa socarrona—. Pa esto hay que tener paciencia —agregó con parsimonia, mirando el agua turbia y levantando de cuando en cuando la caña para percatarse de que estaba vacía.

—¿Hace rato que está pescando?

—Una media hora más o menos.

—¿Y no ha pescado ninguno?

—Ninguno.

—Chis, a mí ya “me caza el león”. Hace dos días que ando con las tripas vacías. Quiero pes-

car un pescado no más. Y me lo como al tiro, con espinas y todo. Es perra el hambre, compañero.

—Así es, hermano. Yo también sé que es perra.

Y el silencio, apenas turbado por el roncar del río, envolvió a los hombres entre sus pliegues invisibles. Ambos tenían un gesto taimado. Juvenal denunciaba ansiedad levantando demasiado aprisa su caña de pescar, con la esperanza de que algún salmón hubiera picado. Pero nada. Los minutos transcurrían sin que ninguno de los hombres obtuviera éxito en sus tentativas, mientras el sol, semejante a la boca de un horno incandescente, envolvía a la tierra y a los seres con su enervante abrazo. A la distancia podía verse el puente carretero cruzado de tiempo en tiempo por vehículos o por hombres y los blancos penachos de espuma al chocar las aguas contra los pilotes de cemento. Un poco más cerca veíase un grupo de muchachos desnudos saltando entre las aguas bravías. Algunos sauces, inclinados hacia el río en actitud de ruego, invitaban con su mudo lenguaje a protegerse bajo su sombra. Juvenal, sofocado, lo advirtió a su camarada:

—Oiga, compañero, ¿por qué no vamos a pescar debajo de aquellos sauces mejor?

—Ja, ja. No, compañero. En ese lado hay mucha corriente. Por aquí está la parte buena, donde el agua es más mansita. Si no hay aquí, no hay en ninguna parte.

Y el silencio volvió a caer sobre los hombres

esperanzados. A lo lejos, al otro lado del río, se escuchó un largo rebuzno que surcó el aire hasta perderse en las faldas de los cerros cercanos. El vagabundo intentó un chiste grotesco que no fue atendido por Juvenal. Estaba demasiado hambriento para celebrar chistes. El mal humor empezaba a mortificarlo y pareciale que había sido tonto al pensar que allí hubiera abundancia de salmones. Cuando el otro hacía cerca de una hora que estaba con la caña en la mano y no había pescado ninguno, ¿qué podía esperar él, que no conocía aquellos parajes?

—Oiga, colega, parece que los salmones andan con feriado.

—Ja, ja, ja. ¿No le dije que hay que tener paciencia? Yo no me apuro. No importa que llegue tarde a la ocupación.

—¿Dónde trabaja usted, compañero? —preguntó Juvenal, adivinando la intención de su acompañante.

—En ninguna parte.

—Yo trabajo ahí mismo.

—Ja, ja, ja.

El vagabundo tenía la risa fácil, y Juvenal, contagiado, también reía. Aquellos dos hombres hambrientos, sin hogar, torturados por un sol inclemente y viviendo al margen de la sociedad, aún se burlaban de la vida y de su propia miseria. De sus andrajos y del fondo de su corazón aventurero sacaban la fuerza necesaria para seguir vi-

viendo a salto de mata, trabajando un día, vagando los más, sin poder anclar en un oficio o en un lugar determinado. Ambos morenos, ambos haraposos y con el mismo gesto despreocupado, eran dos auténticas estampas criollas amasadas en greda por un invisible escultor de razas.

—Chis, ya pesqué uno —dijo el vagabundo, alzando su caña de pescar con un robusto salmón colgando del anzuelo.

—La suerte suya. Yo de balde brujuleo el agua. Me tinca que no voy a pescar ninguno. Parece que me voy a comer la carne del anzuelo mejor.

—No se le dé na, colega. Cómase este salmón.

—Cómo se le ocurre. Espérese un ratito no más. Yo también voy a pescar uno. Deje sobarme las manos.

No quería Juvenal aceptar de inmediato. Parecía que al hacerlo evidenciaría su inferioridad y también pensaba en que su compañero podría tener tanta hambre como él. Pero el desconocido insistió con una franca sonrisa que le iluminaba la cara morena. Y entonces Juvenal se decidió a aceptar.

—Bueno, compañerito. Se lo devuelvo en cuanto pesque uno.

—Juvenal, como buen vagabundo, extrajo de su bolsa un tarro vacío de conservas, cortó el pescado en cuatro trozos, hizo los preparativos necesarios y pronto el tarro hervía sobre una pequeña fogata que amenazaba extenderse por el pasto seco

del contorno. El hombre miraba hervir el agua con el ansia reflejada en sus pupilas pardas. Dos días con las tripas vacías. Dos días de incertidumbre, de rebeldía a punto de claudicar, de heroica resistencia para no alargar la mano a los transeúntes indiferentes que lo habrían mirado de alto a bajo y le habrían gritado la conocida cantinela: "¿No le da vergüenza pedir limosna?"

Y a ellos, si anduvieran solamente un día sin comer y no tuvieran trabajo, ¿les daría vergüenza pedir ayuda a otro hombre? Pero la vida es la vida. Y hay que aguantarla. Y también se reconocía culpable de su situación. "Soy como macho", se definía a sí mismo. No podía soportar la tiranía de los jefes de taller, de los amos vigilantes, y no podía someterse a la disciplina de un horario fijo. Prefería trabajar como mozo de cordel, tomar pequeños trabajos a trato, hacer de suplementero, tareas que le permitían una libertad casi absoluta. Mientras pensaba, el agua gorgoriteaba desenfrenadamente y el salmón despedía un aroma apetitoso que penetraba por la nariz ansiosa del hombre que vigilaba con ojos sagaces la cocción de su merienda.

Después de haber comido sintió remordimiento por no haber invitado a su camarada que le había facilitado el primer salmón cogido aquella tarde. Pero el hambre es cosa perra. Pensando en esto se disculpó torpemente:

—Oiga, compañerito. Hacia dos días que no comía.

—Sí, claro. Se le conocía en la cara. No se apure por mí. Yo comí anoche y todavía tengo las tripas llenas.

Aquel día la pesca fue regular: cinco salmones en total. El hambre de los dos hombres quedó aplacada momentáneamente y el optimismo echó raíces profundas en el corazón ardiente de Juvenal Moncada. Varios días se encontraron en el mismo sitio, charlaron, contáronse sus aventuras y se ayudaron mutuamente. El vagabundo dijo llamarse Juan, a secas. Tenía una historia corta: nació, creció, pasó hambre, trabajó y nunca conoció oficio. Idéntica a la historia de Juvenal. Y, naturalmente, dos hombres con una misma historia estaban inevitablemente predestinados a juntarse frente a la ribera de un río pródigo en salmones.

Pero el destino junta y separa a los hombres sin consultarlos. Y un día Juvenal estuvo solo frente al río. Su compañero no apareció como de costumbre, con su ancha sonrisa habitual inundándole el rostro moreno, quemado por el sol, con una corta cicatriz en la mejilla derecha, indeleble "recuerdo" de una pendencia callejera. Transcurrieron los días y Juan no aparecía. Juvenal, preocupado, hacía conjeturas.

"¿Qué le habrá pasado?", se preguntaba con

insistencia, sin atinar a una respuesta satisfactoria para su pregunta.

“Se habrá ido a la Argentina —pensó, recordando que el vagabundo le había manifestado deseos de conocer Mendoza—. Pero me habría avisado. A lo mejor está preso. Quizás qué clase de pájaro era. ¿Dónde diablos se puede haber metido?”

Sus conjeturas no lo condujeron a ninguna solución. Habíase acostumbrado a la optimista presencia de su compañero, a su charla despreocupada y su sonrisa fraternal. Por eso lo buscó con entusiasmo por los arrabales de Los Andes y rondó frente al cuartel de carabineros con el ánimo de preguntar por su camarada. Pero de improviso recordó con desaliento que sólo conocía su nombre: Juan. ¿Cuántos Juanes habría en el cuartel o en la cárcel? Además, si preguntaba por su compañero y hubiese cometido un delito grave, podrían detenerlo por cómplice. Y él no sabía nada de nada. ¿Se habrá caído al río mientras pescaba? Y este pensamiento ensombreció el rostro de Juvenal. Imaginóse a su compañero debatiéndose entre las aguas turbias del Aconcagua, luchando con la muerte, aferrándose desesperadamente a la vida que tanto lo había castigado y desapareciendo por fin en el torrente que lo había nutrido durante largo tiempo.

Y nunca más supo de Juan. Desapareció sin dejar rastros, como un auténtico vagabundo que

no tiene amarras sentimentales que lo aten a un mismo sitio. Juvenal, encogiéndose de hombros, terminó por consolarse del desaparecimiento de su camarada. Y luego, como todo hombre que se acerca a los cuarenta años, pensó que debería anclar en alguna parte, trabajar en algo estable y, sobre todo, tener un rancho donde dormir. El alimento es relativamente fácil conseguirlo. Habitación, ése era el problema. Los inviernos eran terribles, torturantes, con sus lenguas de hielo recorriendo el cuerpo aterido. Y repentinamente, decidido, Juvenal Moncada se propuso construir su rancho en la ribera norte del Aconcagua, en un pedazo de antiguo lecho que ahora estaba protegido por una fuerte barrera de piedras. Esa era tierra de nadie. Allí era el sitio preciso para construir su vivienda. Y buscando algunos restos de árboles tronchados, recogiendo latas y adquiriendo algunos trozos de arpillera, logró construir con esos elementos primitivos una pequeña habitación que lo protegería de la intemperie. Y aquél fue su hogar. Y bastó aquella miserable habitación para que el hombre sintiera un fervoroso deseo de buscar una cama, construir una mesa y fabricar un pequeño banco para sentarse. Y como en su juventud había aprendido a fabricar canastos de mimbre, se dedicó con entusiasmo a buscar el material necesario para emprender su industria. Y entonces la gente que se aventuraba hasta aquel rincón del Aconcagua po-

día ver a un hombre de aspecto sano, moreno, tosco, vestido con una simple camiseta y un pantalón remendado, que torcía el mimbre con una habilidad conservada prodigiosamente a través del tiempo.

Como el negocio marchaba bien y el dinero empezó a formar un montón pequeñito en el fondo de un tarro de conservas, y el río continuaba suministrándole salmones, Juvenal pensó que su soledad necesitaba una compañera. Pero ¿dónde encontrarla? Eso de buscar una mujer no era cosa fácil. Era feo, de rostro huraño, ojos asiáticos, labios gruesos. No se hacía ilusiones con su físico. Además, no sabía hacer el amor. En su vida vagabunda había tenido encuentros fortuitos o tomado a las hembras a la fuerza, casi sin necesidad de palabras. Pero ahora era distinto: se trataba de una compañera definitiva.

Una mañana de otoño, bajo un cielo nublado y barrido por el viento norte, divisó a una muchacha pescando bajo el puente. Aquello le pareció extraño: nunca había visto a una mujer pescando. Se detuvo a mirarla a la distancia y fue acercándose poco a poco, cautelosamente, hasta quedar a cinco metros de la mujer. Desde allí pudo observarla. Era morena, flaca, de nariz respingada, boca regular. Su conjunto era atrayente. Al notar que era observada por un desconocido, la muchacha giró la cabeza y lo miró fijamente, interrogándolo. El hombre sonrió con torpeza y empezó

a entablar un monólogo interior para decidirse a hablar a la muchacha. Pero las palabras se le enredaban en las zarzas de sus pensamientos y cuando quería emitir la voz notaba un agudo malestar en la garganta que le impedía hablar.

¡Qué diablos! Miró a su alrededor. La soledad lo circundaba, pero sobre el puente sentíase el rodar de los vehículos, que transitaban en ambas direcciones. Si la tomaba a la fuerza, la mujer gritaría y sería sorprendido. La hembra le gustaba. Por fin se decidió a hablar:

—¿Están lobos los salmones?

La muchacha no respondió, con los ojos fijos en el río, pensando en la actitud del hombre. Sabía por experiencia lo que todos buscaban en su cuerpo y no sentía curiosidad ni deseos de tener contactos carnales, después de haber sido violada salvajemente cuando apenas era una niña. Ahora tenía veinte años y sin embargo su delgadez y sus ojos mansos la hacían representar quince. Ojos de oveja, cansados, reveladores de hambre y privaciones. Ojos que ya han visto todo el dolor y suciedad de la vida.

El hombre, contrariado, repitió su pregunta, esta vez con más decisión:

—¿Qué dicen los salmones, patrona?

—No he pescado ninguno —respondió la muchacha con voz evasiva.

—Yo conozco un lugar donde hay hartos. Allá, mire —indicó el hombre alargando el brazo en

dirección a la cordillera lejana, para mostrar el lugar donde pescaba cotidianamente.

—¿A dónde?

—¿Ve esos sauces? Un poquito más allá, en un remanso. Allá sí que hay hartos. En mi rancho tengo los que pesqué esta mañana.

Al hablar de su rancho, su voz tuvo una ingenua inflexión de orgullo. Ahora tenía su pequeño hogar, algunas latas y algunas tablas que lo guarecían del frío y de la lluvia, y quería que aquella muchacha se diera cuenta de que no era un vagabundo privado de un lugar donde dormir. Tal vez así sería más asequible a sus requerimientos. Y luego, más dueño de sí mismo, continuó hablando a tropezones, hilvanando sus pensamientos:

—Tengo un ranchito casi al pie del cerro, al lado del río. Yo mismo lo hice. Y pesco todos los días hasta diez salmones. Y hago canastos de mimbre también. Sillas, pisos. Lo que me pidan. La vez pasada me compré una “pallasa” y pa este invierno me voy a comprar un poncho de castilla.

La muchacha lo escuchaba con indiferencia, pero en el fondo se interesaba por lo que le contaba aquel hombre, con palabras sencillas, saturadas de entusiasmo. Su instinto le advertía que el desconocido la necesitaba. El hombre, ante su silencio, continuó hablando, siempre a la misma distancia:

—Vivo solo en el rancho. Y en las noches hace tanto frío. Y cuando salgo a pescar o voy a Los Andes tengo que dejar el rancho abandonado. Una vez entraron unos perros y me comieron lo que pillaron. Son muy bribones esos quiltros vagos. El hambre los pone así. No hay cosa peor que el hambre pa los hombres y los animales.

—Así es —dijo la mujer con el mismo tono que si dijera “amén”.

—Lo malo es que yo soy tan fiero. No se me acercan ni los perros. Y a las mujeres les gustan los hombres buenos mozos. Y claro, tienen razón. Yo no me aparto de la razón. Yo digo, el hombre feo con una mujer fea. Pero un hombre como yo con una mujer bonita, eso sí que es difícil. Y a los hombres les gustan las mujeres bonitas aunque sean más feos que el diablo. Yo digo estas cosas porque son así, porque. . .

Comprendió el hombre que se estaba enredando en sus propios razonamientos y que no podía llegar a lo que deseaba con toda el alma. Por eso calló, hundió las manos en los bolsillos para tenerlas quietas y se puso a contemplar el agua al lado de la muchacha, que continuaba en silencio, sonriendo levemente. Ahora había comprendido, aunque el hombre hubiera estado confuso en sus palabras. Y ella también habló en forma confusa:

—Es bonito tener un rancho pa vivir. Y tener pescados todos los días. Y tener canastos de mimbre y otras cosas. A todos nos gusta vivir

tranquilos. Pero la vida es muy perra. Y cuando la vida es perra nos parece feo todito lo que miramos. Cuando apenas se tiene pa comer, ¿cómo se va a vestir una?

El hombre le miró la pobre basquiña descolorida por el tiempo, zurcida, y los viejos zapatos de tacones anchos que le desfiguraban los pies. ¡Pobre cabra! Se conocía que sufría. Tenía cara de hambre, esa cara que él conocía muy bien: labios exangües, ojos descoloridos y mejillas descarnadas. Además, ese inconfundible modo de hablar que proviene de la debilidad general y del estómago vacío. Todo eso lo conocía bien Juvenal Moncada. Y entonces, súbitamente decidido, con la voz un poco trémula, invitó a la muchacha:

—Oiga, si quiere se va a vivir conmigo a mi rancho. ¿Qué le parece?

La muchacha lo miró a los ojos, con algo de estupor y de incredulidad, y luego, tartamudeando, repuso con los ojos fijos en el río:

—Tengo que avisarle a mi tía... Yo me iría, pero... no sé todavía.

—Oiga, no sea lesa. Si quiere nos vamos al tiro. Es allí cerquita, al pie del cerro.

—Este... , después voy pa allá.

Hablaron de la pesca, del tiempo que empezaba a cambiar, del hambre perra y de otras cosas, ahora con más confianza, sonriendo, examinándose mutuamente, tratando de mirarse el alma a través de las palabras. Y cuando ya se habían des-

pedido y el hombre se alejaba, se volvió de repente con un gesto desolado:

—Oiga, ¿y cómo se llama usted?

—Elena.

—Ah. Bueno.

Y Juvenal se alejó sin volver la cabeza, ensimismado y alegre de su descubrimiento, pero con un dardo de dudas clavado en mitad del pecho. Era demasiado bonita para que se fijara en un hombre como él. Tendría muchos pretendientes. Y él era tan poca cosa, tan feo y tan torpe en sus palabras. En realidad, el hombre exageraba la belleza de la mujer, que era un tipo vulgar de hembra del pueblo, harapienta y sucia, pero iluminada por la llama de la juventud y embellecida por el ansia carnal de Juvenal.

Cuando el hombre llegó a su rancho, se esmeró en asearlo y en poner en orden sus cosas. Si Elena venía, que tuviera buena impresión. Después recogió el mimbre que remojaba a la orilla del río y empezó a tejer canastos con verdadera furia, poseído de un fervor por el trabajo que nunca había sentido hasta entonces. Era el milagro de una mujer en la soledad de un hombre.

Al atardecer encendió lumbre y preparó comida para dos, con el pensamiento fijo en la muchacha. A medida que pasaba el tiempo su tortura aumentaba poco a poco y empezó a reprocharse su estupidez por haberse hecho ilusiones con una desconocida.

Afuera el río rezongaba sin cesar, llenando el silencio del atardecer mientras el viento amontonaba nubes negras y espesas, cargadas de agua, que cerraban el horizonte con su poncho gris. Algunas gotas empezaron a caer con desgano, haciendo sonar las latas del rancho, y pronto la amenaza se convirtió en una fina lluvia otoñal, como duro presagio para el invierno cercano. Estaba mirando las lenguas del fuego vacilante por el viento que se colaba por los intersticios del tabique, cuando un ligero golpe en la puerta lo hizo alzar la cabeza. Creyó que era el viento y escuchó atentamente, con el corazón brincándole en el pecho. Y los golpes se repitieron inconfundibles: alguien golpeaba en la puerta del rancho. Y al abrirla, Elena estaba sonriendo frente a él, con el pelo adherido a la frente estrecha y las manos cobijadas bajo las axilas con un infantil gesto de frío. La muchacha cruzó el umbral, miró a su alrededor y por último sus ojos se inmovilizaron en las llamas del hogar, donde una olla pequeña hervía a borbotones.

—Creí que no iba a venir —comentó el hombre.

—Pero aquí me tiene —respondió la muchacha, con gesto tímido, sin saber qué hacer dentro de aquel pequeño hogar acogedor para su miseria. En un rincón, doblada en dos, estaba la rústica cama que acogería su cuerpo desde esa noche. Colgando del techo, pendían algunas cebollas.

Y en un ángulo, la rústica mesa con restos de comida en un plato de greda.

Al poco rato, la mujer sintióse más dueña de sí misma. Cogió los platos sucios, arregló la mesa, limpió la cubierta, vigiló el hervor de la olla y procuró estar en continua actividad frente a la actitud sumisa del hombre que la contemplaba con ojos de lujuria. La mujer, adivinando la muda actitud del hombre, alargó la cama, dio algunos golpes sobre la superficie para aplanarla, y se sentó sonriendo. Juvenal, como un toro provocado, se abalanzó sobre la hembra con un sollozo oculto en la garganta y la apretó entre sus brazos musculosos, mudo, temblando de impaciencia, impulsado por los latigazos del instinto.

Y el rancho de Juvenal cambió de aspecto. Ahora, en todo se observaba la mano cuidadosa de una mujer. Las cosas estaban en orden, limpias, y el cuarto se había enriquecido con algunas sillas de mimbre fabricadas por el marido. Además, un gato de hirsuto pelaje gris contribuía con su ronroneo nocturno a poner una nota amable de suavidad en la cavidad del rancho. Ambos estaban felices. Se amaban a su manera, silenciosamente, sin estridencias, agradecidos mutuamente. El hombre trabajaba sin descanso y el pequeño rancho estaba siempre iluminado por esa sencilla felicidad de las cosas humildes.

Y como era natural que sucediera, a los seis meses de vivir juntos, la gravidez de Elena se hizo

presente como segura promesa de un nuevo huésped del rancho junto al río. Juvenal y Elena comenzaron a vivir una vida nueva, mezclada de esperanza, sobresaltos y temores ocultos. Parecía-les que aquel nuevo ser que se formaba en silencio en el vientre de la muchacha podría traer la muerte al rancho iluminado por su unión carnal. Elena era siempre delgada y pálida y sus temores no eran infundados. Sentíase débil, abatida, derrotada por los presentimientos sombríos.

Ahora, en el corazón del invierno, el Aconcagua se había tornado puro, limpio, sosegado. Las nieves eternas que lo alimentaban no podían fundirse con el débil sol de invierno y sus aguas adquirieron una suave tonalidad verdosa que alegraba las pupilas. Elena, inclinada sobre las aguas, lavaba la ropa, soportando el peso de su vientre henchido. Aquella canción del río, monótona y sencilla, que le impedía conciliar el sueño en las primeras noches, había terminado por serle indiferente. Era un ruido ronco, semejante a una extraña e inmensa ebullición helada. Y cuando el verano empezó a fundir las nieves de la cordillera cercana alimentando al Juncal y al río Blanco, que formaban más tarde el Aconcagua, y las aguas tomaron un color barroso y el caudal empezó a hinchar su lomo líquido amenazando la seguridad del rancho, Elena sintió agudos dolores que la hicieron prorrumpir en alaridos de bestia herida. Aquella mañana estaba

sola y Juvenal no llegaría hasta la noche. No podía moverse, inmovilizada por el puñal invisible que le traspasaba las entrañas. Y para su angustia, las horas y los minutos se transformaron en días y años que la separaban de la presencia de su compañero.

—Juvenal, Juvenal —murmuraba en los momentos de descanso. Sentía que el hijo pugnaba por salir y temblaba de terror al pensar que pudiera nacer de un momento a otro, sin tener el auxilio de una mano amiga. Su tortura aumentaba por momentos. Los dolores se hacían más continuos y ahora ya no podía sentarse en la cama para coger el cántaro con agua. Y afuera el rumor creciente del río amenazador, bramando como un toro herido, arrastrando restos de árboles, postes y pequeños animales envueltos en la crecida.

Atardecía cuando Juvenal apareció en la puerta del rancho y encontró a su mujer derrumbada sobre la cama, mojada en transpiración, atormentada por sus dolores. Comprendió que había llegado el momento tan temido por ambos. Se inclinó sobre la mujer, la besó con ternura y su voz adquirió un temblor de hoja seca barrida por el viento:

—¿Quieres que vaya a llamar a una meica, mejor?

—No, no. No me dejes sola, por favor. Ya fal-

ta poco, parece. Quédate aquí. Prepara agua caliente. Harta agua caliente.

El hombre obedeció presuroso, guiado por la muchacha desde su lecho de parturienta. Elena, como todas las niñas del pueblo, tenía una experiencia precoz en estos casos. Entre los pobres, los partos son atendidos por las vecinas con más experiencia y a ella le había tocado ser espectadora en varias ocasiones. Y ahora trataba de recordar fielmente lo que había visto y aprendido para recibir al hijo que sentía palpitar en sus entrañas. Cuando los dolores se agudizaron y la hicieron prorrumpir en alaridos, Juvenal sintió que el terror circulaba por su sangre, inundando sus sentimientos con su extraña presencia. Aquello era inhumano. Quiso huir, irse lejos, pero una inmensa piedad lo inmovilizaba frente al lecho de su compañera. Y de pronto se produjo el milagro. Un pequeño varón gritaba sobre el lecho ante la mirada atónita del padre, que casi no se dio cuenta de la aparición del pequeño. Elena sonreía, feliz de haber salido del paso, con la infinita alegría de todas las madres del mundo. Ante la torpe indecisión del hombre, fue ella la que le impartió instrucciones.

—Hay que cortarle el ombligo— susurró con ternura.

El hombre extrajo su puñal y se dispuso a cortar el cordón que unía al hijo con la madre, co-

mo un símbolo de perpetua unión. La mujer lo guió en su tarea:

—No, ahí no. Más arriba. Ahí está bueno.

Y de un certero tajo Juvenal cortó el cordón que aún palpitaba intermitentemente con signos de vida. Y el pequeño continuaba berreando con todas sus fuerzas.

—Tómalo —rogó la mujer—. ¿Es hombre?
—preguntó con visible interés.

—Es hombre —confirmó Juvenal, impregnado de felicidad.

Y el río mismo parecía repetir en su canción monótona las palabras del padre: “Es hombre, es hombre, es hombre”.

Pero la felicidad no es flor que dure mucho. Los pobres, los desamparados, apenas la conocen se les escapa de las manos. Empezaba la primavera cuando apareció en el marco de la puerta del rancho un hombre uniformado, armado de carabina, que inspeccionaba todo con ojos inquisidores y malignos. La mujer, al verlo, tuvo un sobresalto. Abandonó al pequeño en el cajón que le servía de cuna y se dispuso a contestar las preguntas del hombre uniformado.

—Buenas tardes, señora. ¿No está su marido?

—No, señor. No está.

—Vive bien escondido, ¿no? Me costó encontrar el domicilio. Le traigo una citación para que comparezca al Juzgado de Policía Local mañana a las diez en punto.

La mujer, muda y desconcertada, recibió el papel que le alargaba el uniformado, inquiriendo con voz temblorosa:

—¿Y por qué lo citan?

—Porque no ha sacado permiso como vendedor ambulante y no tiene patente para su negocio.

—¿Qué negocio, señor?

—¿Qué negocio? Fabricación de canastos y objetos de mimbre, pues, señora. ¿No trabaja en eso su marido? ¿Y esos canastos no son para venderlos?

La mujer quedó perpleja. Ignoraba las leyes y reglamentos y pareciale que aquello de trabajar sin permiso sería una falta grave. Por eso trató de sonreír para disimular su turbación. En ese momento llegó Juvenal. Al ver al hombre uniformado supuso de qué se trataba. Sin alterarse, acudiendo a su experiencia, adoptó una actitud de confianza en sí mismo.

—Qué dice, mi cabo —saludó casi con alegría, como si viera a un viejo conocido.

—Buenas tardes. Le traigo una citación.

—Buen regalito me trae. Pero le voy a dar un regalito mejor, mi cabo. Por ahí tengo unos salmoncitos para que se los coma al almuerzo.

El uniformado cambió su hosca actitud por una amplia sonrisa que le iluminó la cara roja como un rayo de sol horada un cielo amenazante. Aceptó el regalo y se despidió cortésmente,

prometiendo que todo saldría bien. No lo denunciaría ni delataría su domicilio. Sabía, también, ser agradecido con los amigos.

Cuando el carabinero se alejaba, Juvenal lo indicó con un gesto de su boca voluntariosa:

—Este ya no me molesta más; pero pa estar en la buena con ellos tendría que sacarle todos los salmones al río. Que se jodan. Mañana saco el permiso.

Pero Juvenal no contaba con la tenacidad de los uniformados. Quince días más tarde de lo ocurrido apareció el cabo acompañado de un carabinero. Ambos venían montados. Juvenal los vio avanzar de lejos, advertido por el roce de los sables y de los cascos de los caballos sobre las piedras. Al llegar frente al rancho, el cabo preguntó con voz de trueno:

—¿No vive nadie en esta casa?

—Sí, señor. Aquí vivo yo.

—Ah. Aquí vivís vos. ¿Y cuánto pagas de arriendo por este rancho, vamos a ver?

La pregunta lo pilló de sorpresa. Juvenal pensaba que venían nuevamente por los papeles que guardaba en su bolsillo y ahora comprendía lo que deseaban.

—A vos te pregunto, carajo. ¿Cuánto pagas de arriendo al fisco por este rancho? ¿No sabes que todos estos terrenos son fiscales y que es prohi-

bido tomar hasta un puñado de arena de la orilla de los ríos?

—No sé nada de eso.

—Ahora lo sabes. Y aquí hay una orden de desalojo. Léela, si sabes leer. Tienes tres días de plazo para dejar el rancho.

—El rancho no lo dejo porque es mío. Yo mismo lo edificué con estas propias manos. El terreno será del fisco, como usted dice, pero el rancho es mío.

—Ni una lata vas a sacar de aquí, carajo. Harto tiempo habís vivido de balde. Tres días de plazo tenís para llevarte tus porquerías. Y para pescar salmones en el río tenís que tener carnet de pesca.

Cuando quedaron solos, marido y mujer se miraron desolados. Nunca se imaginaron que su vida a la orilla del río fuera a tener aquel desenlace.

—Es mejor que nos vamos a la buena, Juvenal. Estos pacos son muy perros. Lo que puede pasar es que nos maten a los dos y dejen "huacho" a Pelluco. Es mejor que nos vamos por la buena.

El río seguía cantando. Empezaba un nuevo verano y los deshielos le daban un aspecto amenazador, rugiente, poderoso, como un potro desbocado, saltando entre las piedras, huyendo hacia la distancia oculta en el horizonte para hun-

dirse en el Pacífico. Y Juvenal, al mirarlo, sintió pena. Ese río, el Aconcagua, lo había alimentado. Allí, a su ribera, había anclado su vida andariega y levantado aquel rancho humilde que llenó de amor. Y allí también había nacido su hijo y conocido la tranquilidad de las veladas a la orilla del brasero mientras el viento bramaba sobre el campo para hundirse en las nieves del cerro Mocoen que cerraba el horizonte. Y ahora, por una simple orden, debía abandonarlo todo. Después de largo silencio, comunicó su resolución a su mujer sumisa:

—Mañana nos vamos pa'l pueblo. Allá me instalo con un negocio de mimbres.

Elena, feliz de ver el optimismo de su hombre, durmió aquella noche profundamente y soñó que el Aconcagua se llenaba de peces que recogían con las manos, sin necesidad de anzuelos, y que su hijo, Pelluco, andaba por todas partes, acompañándolos en sus faenas.

Al amanecer del tercer día, Juvenal se entregó a la tarea de cargar sus trastos en un pequeño carretón de mano. Pronto estuvieron listos para la partida. Pelluco, malhumorado por la madrugada, rezongaba abrazando el cuello de su madre. Y emprendieron la marcha hacia el pueblo, silenciosos, mascullando sus pensamientos, con la esperanza en el fondo de sus corazones proletarios. En ese momento el sol inundó a la tierra con su

rubia presencia, emergiendo detrás de los altos picachos de la cordillera. Y el río, herido por su resplandor, era un inmenso canto a la vida frente al umbral de un nuevo día.

UN RACIMO DE UVAS

CHAS, chas, chas.

Va por el camino como una sombra. La noche ya se viene encima como un gigantesco murciélago de alas enlutadas y el hombre continúa marchando, resignado y sumiso, con sus miradas dirigidas hacia la tierra. Ha caminado dos leguas y aún la carretera es una serpiente ondulante que se alarga frente a sus pupilas húmedas de ansiedad. Su rancho está lejos, más allá de la última colina que se alza sobre el telón oscuro del horizonte.

Chas, chas, chas.

El hombre camina. La noche ya está sobre él y lo envuelve entre sus velos hasta confundirlo con las sombras que llenan la campiña. El silencio es apenas roto por el apagado roce de sus ojotas en el polvo fino de la carretera. Para disipar su pena enciende un cigarrillo. A la luz de la

cerilla su rostro se ilumina y sus ojos tristes y mansos adquieren un brillo extraño, casi demoníaco. En el rancho lejano lo aguarda su mujer inválida y no quiere detenerse a descansar, aunque el cansancio le encadena las piernas y le aprieta los pulmones. Entre sus manos campesinas, duras y fuertes, encallecidas con la manquera del arado, lleva un pequeño paquete con medicinas. Son para ella, para su mujer, ahora vencida por la desgracia y la miseria.

“Buen dar, taitá Dios”, murmura mentalmente, tratando de recordar sin éxito las oraciones de su infancia. El hombre, solo frente a la inmensidad de la noche, desamparado entre las sombras, siente la necesidad de buscar refugio espiritual. El vuelo silencioso de una lechuza que rasga el manto de la noche lo hace temblar como un remanso herido, mientras las supersticiones, dormidas en sus napas subterráneas, brotan como una fuente y lo convierten en un niño trémulo frente a la soledad de la campiña.

Arriba, un cielo negro y hosco le hurta las estrellas. El calor es sofocante. Ni una ráfaga de viento refresca el bochorno de esta noche estival. El aire es denso y se siente en el ambiente la extraña presencia de los fluidos eléctricos que gravitan en las nubes y excitan los nervios de los hombres y las bestias. La tempestad avanza desde la cordillera, silenciosa, preñada de amenazas,

semejante a una loca manada de vacunos o a una recua de potros desbocados.

Angustiado y mudo, marchando sin descanso, semeja una bestia estimulada por el látigo. Por su frente rugosa, tatuada por los años, resbalan hilillos de transpiración que se escurren lentamente hacia los espesos matorrales de sus cejas. Los perros ladran a su paso, rompiendo la placidez nocturna. Cuando callan, el silencio es más profundo y el desamparo crece en lentas espirales, hundiendo sus raíces en los misteriosos meandros de la sangre.

Mientras camina, el viejo evoca a su mujer. La ve flaca, demacrada, herida por un mal incurable y misterioso. Al comienzo se medicinaba ella misma, arrancando yerbas y raíces en los potreros y buscando cortezas de árboles en los bosques o en las húmedas vegas de Manantiales. El mal era rebelde y la venció y ahora es una masa esquelética, inválida y delirante que se niega a comer y pasa las noches conversando con las sombras.

El hombre la evoca así, delirante y moribunda, y siente que su angustia crece y le aprieta la garganta. Apresura el paso. El rumor de sus pisadas se acelera y la respiración se le hace premiosa y anhelante. Siente la boca seca. Sabe que no podrá encontrar agua a su alcance hasta que no llegue al refugio de su rancho y ese pensamiento aumenta su ansiedad.

El camino es un túnel tortuoso abierto en el corazón de la noche colchaguina. Algunos álamos se alzan a la orilla, cumpliendo su misión de centinelas vegetales y de refugio a los pájaros viajeros. El aire denso irrita los nervios de los seres y a lo lejos retumba el sordo bramido de vacas alarmadas. En el horizonte, sobre las cumbres de la cordillera, más allá de las Vegas del Flaco, el cielo se ilumina levemente a largos intervalos, como presagio de la tormenta que se acerca.

“Buen dar, taita Dios, el camino relargo”, monologa el viejo mientras avanza, mudo y resignado, a través de las entrañas de la noche.

Sus ojos mansos y tristes miran hacia la tierra y sólo se alargan hacia la lejanía para tratar de descubrir algún indicio que le indique el punto preciso en que se encuentra. El calor y la sed lo sofocan. La necesidad de agua se le hace imperiosa y le seca la garganta irritada por el polvo del camino. La tormenta se retarda, incubándose en el vientre de las nubes como un feto maligno. La tierra seca, ardiente, sedienta, herida, espera con ansias la llegada de la lluvia. La noche es un horno negro, amenazante, en el que se precipitan, desde los cuatro puntos cardinales, la angustia de los hombres y las cosas. De improviso, el viejo se reanima. Sabe que debe pasar frente a la viña Santa Laura, donde los racimos maduros, rosados y bermejos, cuelgan profusamente entre las parras.

Ahora marcha más tranquilo porque lo acompaña la certidumbre de que podrá aplacar su sed: bastará que llegue a la altura de la viña, que escale la tapia carcomida por los años y que coja un racimo de uvas. Eso es todo. De pronto, lo asalta un pensamiento, una decidida angustia abrazada a su incertidumbre. ¿Y si la viña estuviera ahora a sus espaldas, lejos de su esperanza? Para averiguarlo, enciende una cerilla. La densa obscuridad es apenas perforada por el débil resplandor de la luz y el hombre sólo puede ver un trozo de muro leproso y derruido que le intercepta la visión con su barrera muda. Luego, arranca la envoltura del paquete de medicina y con ella hace una rústica antorcha que ilumina un pequeño trozo del gigantesco túnel de la noche. Su duda desaparece. Está frente a la viña y le bastará cruzar la barrera para saciar su sed. Lo hace sin esfuerzo, trepando por los adobes carcomidos por donde otros, muchas veces, lo hicieron antes que él.

Avanza con cautela, alargando los brazos para acercarse a las parras que adivina grávidas de racimos maduros y jugosos, dulces y reconfortantes. Pronto choca con una parra y sus manos ávidas tactan en la sombra con la instintiva precisión de un ciego. Casi en seguida encuentra un racimo apretado, magnífico en su plena madurez. El viejo lo corta ansiosamente y se retira saboreando las uvas jugosas que aplacan la fiebre de su gar-

ganta seca. Luego, se dispone a escalar la tapia para reintegrarse al camino. Tropieza, resbala en su intento. Para facilitar su tarea, enciende un fósforo. En aquel preciso instante, una detonación seguida de un grito perverso lo hizo rodar por tierra.

Allí quedó inmóvil, respirando débilmente. Quiso incorporarse y le pareció que estaba encadenado a la tierra. Extrañóse de no sentir dolor, pero tuvo la impresión de que toda su sangre se le vaciaba por el pecho. Por su imaginación, velozmente, alcanzó a pasar la figura esquelética de su mujer, retrepada en la cama, siempre implorante, ahogando sus quejidos, torturada por su mal incurable. Y la visión de su rancho sórdido. Y el murmullo de la acequia de riego. Y el lejano canto de un zorzal madrugador. Y la recia figura del capataz Toledo. Todo aquello fue un relámpago, nítido y preciso, para alumbrar el furioso tropel de sus imágenes.

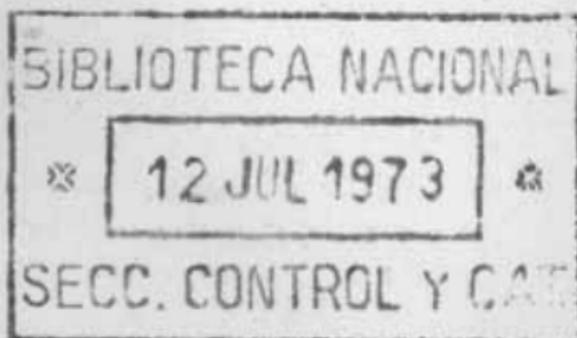
Después experimentó un gran alivio. Ya no sintió sed ni cansancio. Abrió los ojos con dificultad y observó que empezaba a llover con fuerza, pero ya el agua no le causaba alegría ni malestar. Era algo tan lejano a su actitud de descanso que se extrañó de sentirla caer sobre su rostro.

“Tengo sueño”, pensó con torpeza, y aún alcanzó a escuchar una voz lejana, lejanísima, que llegaba hasta sus oídos a través de una espesa

niebla de misterio mientras una linterna le iluminaba el rostro demacrado.

—Estos son los ladrones de uva, patrón. Al fin cayó uno.

La lluvia comenzó a caer sobre su rostro con fuerza inusitada, violenta, agresiva, golpeándole las sienes con sus martinetes de agua. Quiso abrir los ojos, pero sus párpados no le obedecieron. La tempestad libre, desencadenada, danzaba sobre el campo. Un fresco olor a tierra mojada subía desde el camino y los árboles jubilosos sacudían sus ramajes húmedos mecidos por el viento. El aire se hizo más puro y respirable, y el hombre, derrumbado, inmóvil, quedó solo bajo la noche fragante. A su lado, bermejo, maduro y lavado por la lluvia, había un racimo de uvas.



INDICE

Presentación	5
Mister Jara	7
Ganado Cuyano	17
La Huelga	27
Extraviado	37
Una Casa Junto al Río	55
Un Racimo de Uvas	83

MINILIBROS QUIMANTU

1. "El Chiflón del Diablo", Baldomero Lillo.
2. "El Enemigo de Napoleón", Arthur Conan Doyle.
3. "Rimas", Gustavo Adolfo Bécquer.
4. "El Cuarenta y Uno", Boris Lavreniov.
5. "Cuentos de la Selva", Horacio Quiroga.
6. "La Camará", Fernando Santiván.
7. "El Mexicano", Jack London.
8. "La Carta", Somerset Maugham.
9. "Malva", Máximo Gorki.
10. "En la Vieja California", Francis Bret Harte.
11. "Motín a Bordo", Julio Verne.
12. "El Diablo en el Cuerpo", Raymond Radiguet.

13. "La Liga de los Pelirrojos", Arthur Conan Doyle.
14. "Estrella", Emmanuil Kazakievich.
15. "Guantes de Oro", Ring Larner / E. Hemingway.
16. "Los Siete Ahorcados", Leonidas Andreiev.
17. "Una Mujer Partió a Caballo", D. H. Lawrence.
18. "Regalo de Navidad", O. Henry.
19. "Noches Blancas", Fedor Dostoyevski.
20. "La Garra del Mono". W. W. Jacobs.
21. "El País de los Ciegos", H. G. Wells.
22. "Dubrovski, el Bandido", A. Puchkin.
23. "La Moza", H. Sudermann.
24. "La Reina de los Caribes", Emilio Salgari.
25. "Pequeña Historia de una Pequeña Dama", A. Cassigoli.
26. "Bartleby", Herman Melville.
27. "Macario". B. Traven.
28. "30 Días Tenía Septiembre", Selección de cuentos de Ciencia-Ficción.
29. "El Muelle de las Brumas", Pierre Mac-Orlans.

30. "Gaspar Ruiz", Joseph Conrad.
31. "La Historia del Travieso Petter Nord", Selma Lagerlöf.
32. "Carlos y Ana", Leonhard Frank.
33. "El Fantasma de Canterville", Oscar Wilde.
34. "Caminante, no Hay Camino", Antonio Machado.
35. "El Regreso", J. Oliver Curwood.
36. "Gallinazos sin Plumas", Cuentos de Perú.
37. "24 Horas en la Vida de una Mujer", Stefan Zweig.
38. "Historia de Vampiros".
39. "El Destino de un Hombre", Mijail Sholajov.
40. "Fermina Márquez", Valery Larbaud.
41. "La Fiesta de las Balas", Cuentos de México.
42. "Banda de Pueblo", José de la Cuadra.
43. "Las Aventuras de El Salustio y el Trúbico", Alfonso Alcalde.
44. "El Hombre del Millón", Mark Twain.
45. "Mr. Jara", Gonzalo Drago.

**PROXIMO
NUMERO**

"Una Chica de la Calle", de Stephen Crane, es una de las obras claves del naturalismo norteamericano. Es la historia de una familia de inmigrantes irlandeses y de una muchacha ateneada por el medio ambiente y por la imagen de la ruina.



UNA CHICA DE LA CALLE

STEPHEN CRANE

Muy pocos han sido los escritores que han logrado captar en toda su amplitud las variadas expresiones psicológicas del hombre del pueblo. Generalmente se insiste en describir escenas en que el protagonista popular aparece actuando con condiciones negativas, presentándolo como flojo, amigo de lo ajeno y alcohólico.

Gonzalo Drago, en cambio, ha sabido buscar en el alma de nuestros paterperros y vagabundos, gestos que los muestran en su capacidad grande de maravillosa humildad, pero con autenticidad ante la grandeza de un amor, de una amistad.

En la selección que hoy entrega Colección Minilibros, Drago muestra su reciedumbre de escritor, dando vida con raro y hondo sentido de humanidad a seres que nos conmueven protagonizando pequeños o grandes hechos